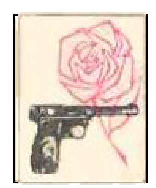


Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Demasiadas mujeres

Clásica aventura de espionaje con microfilme incluido, en la que intervienen mujeres que, como suele suceder en la vida real, pueden llegar a resultar más peligrosas que los hombres…, y por supuesto más listas.

En la aventura, claro está, se suceden diversas peripecias, unas trágicas y otras más o menos simpáticas con personajes falsos y con personajes verdaderos, todos ellos viajando a bordo de un lujoso transatlántico que hace la ruta El Havre-New York cruzando el Atlántico.



Lou Carrigan

Demasiadas mujeres

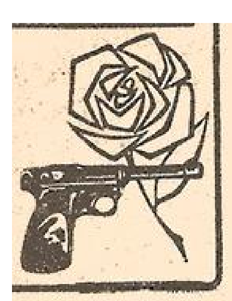
Brigitte en acción - 67

ePub r1.0
Titivillus 26.06.2017

Lou Carrigan, 1967
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

Paco Rivelles no era muy alto, ni tampoco muy guapo, ni parecía que fuese millonario. Pero tenía treinta y dos años, unos inteligentísimos ojos negros, un fantástico atractivo masculino, una sonrisa que partía en miles de pedazos los corazones femeninos, y un balandro. Además de todo esto, era español, nada menos; con lo cual, Paco Rivelles estaba convencido de que la vida era maravillosa.

Allá donde estuviese, Paco Rivelles dejaba huella de su paso. Generalmente, una buena huella. Una sonrisa, un amor, un chiste, un hermoso recuerdo de amistad… Cualquier cosa. Pero nunca, nunca, pasaba Paco Rivelles por un lugar del mundo sin que su nombre hubiese sonado, de un modo u otro.

En aquellos momentos, Paco estaba en Niza. Tenía su hermoso balandro blanco y azul en el muelle, con la bandera española en lo alto del mástil, ondeando suavemente, siempre nueva, siempre flamante, visible desde muy lejos. Y como era sevillano, había bautizado al balandro con el nombre de *Giralda*[1].

Y parecía que también en Niza iba a dejar Paco Rivelles constancia de su paso, ya que era poco probable que Antoinette, la linda francesita de los ojos color café y las piernas esculturales, pudiera olvidarlo jamás. Al menos, la francesita se tomaba con verdadero entusiasmo sus relaciones con el español, quien la estaba besando entonces a estilo español, esto es, como decía Paco, «a toda vela y con viento en la popa».

Así que, transcurridos tres minutos de beso, Antoinette tuvo que apartar su boca de la del español, y jadear, casi asfixiada:

—Paco, «eges» un «hombge teggible»…

—¿Por un besito de nada? —sonrió Paco.

—¡Un besito de nada…! —rio la francesita—. Casi me matas, me ahogas, me «anfitias»…

—Asfixias, no «anfitias» —corrigió Rivelles—. Mira, guapa, será mejor que hablemos en francés, porque me fastidia mucho que alguien maltrate mi idioma como tú lo haces.

—«Pego» yo «quiego… apgendeg» español…

—Pues que te lo enseñe otro con más paciencia que yo, rica. Así que hablemos en francés, o todavía irás a parar de cabeza al mar.

—¿Me tirarías al mar? —preguntó Antoinette, ya en francés, no poco asombrada—. ¿Serías capaz de pegarme?

—Alto ahí, encanto. Te tiraría al mar, eso sí; pero no te pegaría jamás. Yo soy un caballero. Y, además, español… Y los españoles nunca zurramos a las mujeres. Bueno, casi nunca… ¿Todavía no te has enterado de que somos muy galantes y amables con el tonto sexo?

—¿El… tonto sexo?

—El tonto sexo. Nada de débil, hija. Eso quedó atrás… Ahora, las mujercitas sois más fuertes… pero seguís siendo un poquito tontas. ¿No estás de acuerdo?

—Creo que no, Paco.

—Pues yo te aseguro que sí. Mira…, la más lista de las mujeres no sirve ni para peinar a un hombre Y no me digas que también hay hombres tontos, porque sé que eso es verdad… Y cuando un hombre sale tonto, es tonto con ganas, para siempre… ¿Tú crees que yo soy tonto?

Antoinette sonrió luminosamente.

—No, Paco.

—Olé. Te has ganado otro beso.

Y se lo dio. Vaya si se lo dio. Solo que esta vez no pudo durar tanto rato como los anteriores, porque cuando iban por el minuto escaso, el balandro se balanceó con más fuerza que hasta entonces, evidenciando claramente que alguien había subido a bordo, saltando desde el muelle.

Inmediatamente, Paco Rivelles dejó de besar a la francesita, y de interesarse por los secretos de su bikini. La apartó, suspiró como disgustado, y se quedó mirando hacia la entrada a la pequeña cabina del balandro, que mostraba hasta entonces el tono rojo del sol de ocaso, con pinceladas anaranjadas, rojas y moradas… En realidad, aquella luz tornasolada era el último vestigio del día. En menos de dos minutos, la negra noche llegaría sobre Niza.

También Antoinette se quedó mirando la entrada a la cabina, no poco disgustada, al parecer.

Y los dos vieron al gigantesco individuo que entró, inclinándose mucho. Un hombre de seis pies cumplidos de estatura, hombros anchos, cintura esbelta… Llevaba un traje blanco, zapatos del mismo color y un sombrero menudo, que dejaba escapar unos rizos rojos.

Se quedó mirando de uno a otro, vivamente, como sorprendido. Por fin, su mirada quedó fija en Paco.

—¿Señor Rivelles? —preguntó, en español.

—Sí. Ese soy yo… ¿Usted es el agente de la CIA que estoy esperando?

El recién llegado frunció el ceño.

Acabó de entrar, y se quedó mirando hoscamente al español, tras una veloz mirada a Antoinette.

—Soy la persona que está esperando, sí —admitió.

—Entonces, quítese el sombrero. Está delante de una dama, señor espía. ¿Cuál es su nombre?

El agente de la CIA se quitó el sombrero, quizás un tanto irritado.

—Mi nombre es, actualmente, *monsieur* Pierrot. Espero que eso sea suficiente para usted, señor Rivelles.

—Siéntese si gusta, señor Pierrot. ¿Un *whisky*? ¿O prefiere manzanilla? Ya sabe: la manzanilla es ese vino español, andaluz concretamente, que tira de espaldas al más guapo cuando está empezando a decir que es un vino flojo… ¿*Whisky* o manzanilla?

—Ninguna de las dos cosas. He venido en plan de trabajo, señor Rivelles, no a alternar… ¿Quién es esta señorita?

—Se llama Antoinette, es francesa, y la encontré hace un par de días en la playa, tomando el sol. Le dije un par de cosas, se rio, y entonces me animé, de modo que la invité a compartir mi vida… durante algunos días. Ella está encantada. ¿No es cierto, Antoinette?

—Sí, Paco.

—¿Se da cuenta? —sonrió el español—. A las mujeres hay que saber tratarlas. En realidad, son como pequeñas y graciosas máquinas de «selfservice», de «sírvase usted mismo»… Solo hay que apretar el botón adecuado, y ellas reaccionan como usted desea. Una vez…

—Señor Rivelles, ¿tiene lo que prometió?

—¿Se refiere al microfilme con aquellos dibujos tan raros que dicen que es una cosa rara llamada centralizador fotográfico?

—Me refiero a eso, exactamente.

—Pues… puede que lo tenga y puede que no. Quiero decir que puede que lo tenga en el balandro y puede que no lo tenga en el balandro. ¿Tiene usted aquí los cien mil dólares que pedí por ese invento?

—No.

—Entonces, señor Pierrot, temo que no habrá trato. Cuando salí de España, de Sevilla, mi hermano Juan me dijo: «Paco, el mundo es un asco completo; todo está lleno de ladrones y timadores. Tú ya sabes cuánto me ha costado mi invento, de modo que no te dejes engañar. Si no hay pesetas por delante, no sueltes el invento…». Y le aseguro, señor Pierrot, que eso es precisamente lo que pienso hacer. ¿No hay pesetas? ¡Pues no hay centralizador fotográfico!

—Está usted hablando con un agente de la CIA, señor Rivelles… Paco encendió un cigarrillo y se quedó mirando irónicamente al norteamericano.

—Por eso mismo, señor Pierrot.

—¿Desconfía de nosotros?

—¿De ustedes? No, señor… Paco Rivelles desconfía de todo el mundo. ¿Por qué no de la CIA? Comprenda, señor Pierrot… Cien mil dólares son seis millones de pesetas, más o menos. Con seis millones de pesetas, la vida es muy amable en España. Y mi hermano Juan, el pobre, merece vivir muy bien después de tanto estudiar cosas raras. Yo no, lo admito… Siempre he sido una especie de… golfo simpático. Como decimos en España, en toda mi vida he dado ni golpe… Esto es, que no he trabajado ni siquiera dirigiendo la recolección de la aceituna. Si me engañasen a mí, pues no me molestaría demasiado… Pero a mi hermano, señor Pierrot, no va a engañarlo nadie mientras Paco Rivelles ande por estos mundos. Así que, o me da ahora mismo cien mil dólares, o ya no hay trato. ¿*Okay*, como dicen ustedes?

—*Okay* —sonrió el espía norteamericano—. Pero las cosas van a hacerse de modo diferente, señor Rivelles. Por dos motivos. Uno, que la CIA quiere reservarse el derecho de examinar ese invento de su hermano Juan antes de pagar los cien mil dólares…

—Me parece razonable. ¿Y el otro motivo?

—Pues… Digamos que la CIA tendría un gran placer en contratar a un hombre como usted.

Paco Rivelles quedó pensativo unos segundos, antes de musitar:

—¿Me está ofreciendo un empleo?

—Algo parecido. Pero no tiene que contestar ahora. Tendrá tiempo para pensarlo durante el viaje.

—¿Qué viaje?

—El que va a emprender —el espía yanqui sacó un sobre de un bolsillo—. Aquí tiene su pasaje. Es para dentro de siete días, en el transatlántico *Empire*, que sale de El Havre, Francia, directo a Nueva York.

—No me gusta Nueva York —aseguró Paco—. Huele a petróleo y cemento.

—Es una opinión suya.

—Además, viajar cuesta dinero, y…

—Todos los gastos pagados, señor Rivelles.

—Ah… Quizá me guste Nueva York. ¿Me estarán esperando allí?

—Puede que sí, puede que no. Usted solo tiene que abordar el *Empire*, y llevar consigo ese microfilme que contiene el invento de su hermano. Oportunamente, tendrá noticias de la CIA.

—¿Qué clase de noticias?

—Alguien le entregará cien mil dólares, y eso será todo. Como justa correspondencia, usted entregará el microfilme. Luego, seguirá viaje a Nueva York, y allá, alguien le preguntará si ha pensado la propuesta de empleo de la CIA

—¿Dispongo de una semana, ha dicho?

—De más… El barco sale dentro de una semana, pero la travesía durará otro tanto. Catorce días, señor Rivelles.

—Tiempo suficiente para pensar. ¿Qué tal pagan en la CIA?

—No muy bien —casi rio el espía—. Pero es divertido.

—Me está usted convenciendo —sonrió también Paco—. Veamos ese pasaje.

Lo tomó de manos del espía, lo examinó y asintió con la cabeza.

—Muy bien. ¿Dónde quiere que lo deje, señor Pierrot?

—¿Cómo? No entiendo…

—Me pareció que usted hablaba muy bien el español —sonrió secamente Paco—. Le pregunto que dónde quiere usted que lo deje.

O sea, que lo llevo en mi balandro adonde usted quiera.

—No es necesario. Volveré a…

—Se encontrará en dificultades si vuelve a tierra aquí mismo. Hay dos hombres que no me han perdido de vista en toda la tarde. Están paseando de un lado a otro por el muelle, y, no sé por qué, me parece que ellos también quieren el centralizador fotográfico.

El agente de la CIA se quedó mirando fijamente a Paco, el cual señalaba hacia uno de los circulares ventanucos del balandro. Pierrot miró por allí, hacia donde señalaba el dedo del español, y vio primero a un hombre, y, unas veinte yardas más allá, el otro, ambos como distraídos… Pero si Paco Rivelles se había dado cuenta del verdadero motivo de la presencia allí de aquellos dos hombres, más cuenta tenía que darse un espía profesional, un agente de la CIA.

Pierrot frunció el ceño, sacó una pistola con silenciador…

—Guarde eso —dijo Paco—. Nos iremos en el balandro, y todos tranquilos. Nada de matar gente… si es posible.

—Usted es un iluso —gruñó Pierrot—. Esos hombres tienen preparada una lancha, estoy seguro. Habrán prevenido que podríamos escapar en el balandro.

—De todos modos, intentémoslo.

—¿Quiénes son ellos?

—No lo sé. Pero los he visto ya algunas veces detrás de mí, y eso me ha molestado un poco. Si, por ejemplo, son de la MVD soviética, o del MI5 británico, pongo por caso… ¿por qué no se acercan y me hacen otra oferta mejor que la de la CIA?

—¿La aceptaría usted?

—¿Me está preguntando si aceptaría una oferta superior a los cien mil dólares de la CIA, señor Pierrot?

—Eso pregunto.

—Entonces, usted no es muy listo. ¿Nos vamos… o prefiere pelear por nada?

Pierrot refunfuñó algo, se guardó la pistola, miró por el ventanuco circular otra vez, y luego se quedó mirando a Antoinette.

—¿Y ella?

—Ella vendrá con nosotros. ¿Verdad, Antoñita?

—Yo… yo preferiría… desembarcar, Paco.

—¿Por qué?

—Tengo… tengo miedo…

—¡Miedo…! —rio el español—. ¿Tienes miedo estando yo aquí…? ¡No puedo creerlo!

—Pero si esos hombres persiguen tu balandro, y hay una pelea a tiros… pueden… pueden hacerme daño…

—¡Nada de eso! Ya verás cómo nos vamos a divertir… ¿Le gusta navegar, señor Pierrot?

—Si hemos de marcharnos, que sea cuanto antes —masculló el agente de la CIA.

—A sus órdenes —rio Paco—. Pónganse los cinturones de seguridad, que vamos a despegar. Ah, señor Pierrot, por favor: vigíleme bien a Antoñita, porque tiene una pistola en su bolsita de playa… Sería muy desagradable que se disparase e hiriese a alguien, ¿no le parece?

Riendo, Paco Rivelles salió de la cabina, hacia cubierta. Todavía se veían sus piernas cuando la francesita saltaba velozmente hacia el multicolor bolsito playero que se veía en un rincón de la cabina. Llegó hasta él, lo cogió, metió una mano dentro, frenéticamente…

Monsieur Pierrot no le dejó hacer nada más.

Llegó junto a ella, le quitó el bolsito de un manotazo, y de una violentísima bofetada la tiró rodando hasta el pie de la escalerilla que llevaba a cubierta.

Desde arriba, llegó la riente voz de Paco Rivelles:

—Ay, Antoñita, Antoñita, ¡qué tonta eres! Además, ten cuidado, porque el señor Pierrot, ni es español, ni es galante, ya lo has visto.

Pierrot sacó la pistola del bolso de Antoinette, se la guardó en un bolsillo y sacó la suya, señalando hacia cubierta.

—Arriba —ordenó secamente—. Veamos qué es lo que intentan tus amigos, nena.

—No sé de qué… de qué me está… hablando…

—Sube, o te atizo otra torta que vas volando hasta París. ¡En marcha, Antoñita! Y me pregunto si te gustaría volar hasta París… o hasta Moscú. ¿Hasta dónde?

Antoinette apretó los labios, y no contestó. Por su parte, Pierrot la empujó hacia la escalerilla, con absoluta descortesía, subiendo tras ella, siempre apuntando la desnuda espalda con su pistola provista de silenciador.

Paco estaba soltando ya las amarras del balandro, que se meció

con más fuerza sobre las aguas del puerto. Inmediatamente, fue a la vela, y la soltó. Acto seguido, se lanzó hacia el timón, y el balandro salió disparado mar adentro… mientras los dos hombres que habían estado remoloneando por el muelle se lanzaban a toda prisa hacia una lancha a motor pintada de rojo, en la cual había otro hombre haciendo ya frenéticas señas de llamada.

—Me pregunto —dijo Paco, con la cabeza vuelta— por qué tienen tanta prisa. Esto es un simple balandro, y ellos deben de tener un estupendo motor de cincuenta caballos de fuerza… O sea, que nos alcanzarán enseguida… ¿Por qué no guarda la pistola, señor Pierrot?

—¿Está loco? Usted mismo dice que nos alcanzarán enseguida… ¡Y me dice que guarde la pistola!

—No hará falta, hombre, ya verá. Hola, Antoñita… ¿No tienes un poco de frío? ¡Brrr…!

Paco se estremeció cómicamente, dando un tirón a su negro jersey de hilo. Cogió la gorra de la repisa del asiento de popa, y se la puso, mirando amablemente a la francesita en bikini.

El balandro se deslizaba velozmente aguas adentro, pero la lancha se estaba acercando ya a toda velocidad, con un hombre al volante y dos en la borda de estribor, pistolas en mano.

—No les ha gustado que nos llevemos a su amiga —comentó el español—. Pero eso les está bien empleado, por creer que solo ellos son listos en este pícaro mundo. Hace dos días conocí a Antoinette, que se mostró muy amable conmigo. Tanto, que si yo hubiera sido tonto, habría creído que me bastaba mirar a una mujer para tenerla en el bote… Bueno… —sonrió—, eso es verdad, lo admito. Pero nunca me gustaron las conquistas tan facilonas. Entonces, me puse a pensar, y me dije que mi querida Antoñita se traía algún juego… Más adelante, vi a los dos hombrecitos del muelle, y supe que mientras Antoñita me llevaba por ahí a pasar una noche divertida en Niza, ellos habían registrado mi balandro. Y entonces ya no hubo mucho más que pensar… ¿No es cierto, vida mía?

—¡Puerco! —escupió Antoinette.

—¡Qué ordinaria eres…! Además, eso no lo haría una linda francesita, ¿no es cierto, señor Pierrot? ¿Usted qué nacionalidad le supone a Antoinette?

—Rusa —masculló Pierrot.

—¿Verdad que sí? Será mejor que se tiren sobre cubierta. Los amigos de mi niña cariñosa se están acercando, y llevan las pistolas en la mano… ¿Querrá creer que eso no me gusta nada, señor Pierrot? Por favor, al suelo.

Pierrot se dejó caer sobre cubierta, arrastrando rudamente a Antoinette… Y pocos segundos después la lancha roja pasaba cerca de ellos, a toda velocidad, dejando una estela blanca de espuma sobre las ya negras aguas de la noche. De la borda brotaron algunos fogonazos, pero Paco Rivelles, encogido junto al timón, se limitó a sonreír con indiferencia…

La lancha pasó, llegó más de cien yardas por delante del balandro, y entonces describió una cerrada vuelta, lanzándose de nuevo al ataque. Mientras tanto, el balandro había evolucionado también, desviándose de la línea recta, obligando a la lancha a girar más y más, ladeándose casi peligrosamente.

—Ya vuelven —informó el español—. Esperemos que tengan tan mala puntería como antes. No se muevan de ahí, señor Pierrot.

El balandro parecía volar mar adentro, y la lancha pasó de nuevo a menos de veinte pies. Otra vez se vieron los fogonazos de los disparos en la borda, y de nuevo sonrió Paco Rivelles… hasta que vio los agujeritos en la vela. Entonces, pareció disgustarse. La vela perdió parte de su fuerza, debido al aire que se colaba por los orificios de las balas. Evidentemente, de continuar aquella marcha, la vela se iba a desgarrar, y eso acabó de disgustar completamente a Paco Rivelles.

Todavía entraron más mar adentro, hasta que las luces de la Bahía de los Ángeles fueron como un brillante rosario multicolor. Entonces, Paco plegó la vela, y se quedó mirando a Pierrot.

—Vamos a rendirnos, señor Pierrot. Esa gente lleva malas intenciones… y una vela cuesta mucho dinero.

—¡Déjese de tonterías! ¿Sabe manejar una pistola?

—Yo sé manejar cualquier cosa, señor Pierrot. Sobre todo, una pistola. Cuando hice las Milicias Universitarias, en España…

—¡No importa eso ahora! Tenga la pistola de la chica, y demostremos e esos tipos que…

—Es usted un maleducado, señor Pierrot. Iba a decirle que en mi país, debido a mis estudios superiores, hice el… servicio militar con el grado de alférez. Usted ya sabe que España no es un país

demasiado rico, pero nos enseñan bien a pelear. Recuerdo a un soldado que…

—¡Se nos están echando encima!

—No, hombre… Vienen a marcha corta. Eso quiere decir que se han dado cuenta de que no queremos pelea. Vea lo que hago con la pistola de Antoñita.

La tiró al agua, y se acercó a la borda, agitando, mucho los brazos.

—¡Hey! —gritó en francés—. ¡Nos rendimos!

Pierrot se puso en pie violentamente, adelantando la pistola, mascullando algo… Pero Paco se la quitó tranquilamente y la tiró al agua.

Inmediatamente, y mientras el americano se deshacía en maldiciones, Antoinette se puso en pie, corriendo hacia la proa y gritando algo a sus amigos de la lancha.

—Pues teníamos razón —comentó Paco, risueño—: la chica es rusa, señor Pierrot… ¿O cree usted que no?

—¡Váyase al demonio, estúpido!

Paco Rivelles volvió a sonreír, pero de un modo frío que el espía americano no pudo captar. La lancha roja se acercaba muy lentamente, mientras Antoinette no dejaba de gritar cosas en ruso. El balandro, al parecer a merced de la corriente hacia la costa, iba girando, colocándose directo hacia la lancha, cuyo motor había dejado de funcionar.

—Será mejor que se siente aquí, señor Pierrot, al timón. Sujételo con fuerza. Solo eso. ¿Está claro?

Se apartó de la borda de estribor y popa y regresó tranquilamente hacia el centro del balandro. Soltó de pronto la cuerda de la vela, que se hinchó bruscamente, y el balandro pareció saltar hacia la lancha roja… Antoinette salió despedida de espaldas hacia atrás, cayendo cerca de los pies de Paco, que se sujetó al palo y puso un pie sobre el vientre de la rusa, inmovilizándola en cubierta. En la lancha se oían ya los gritos de los tres hombres, y sonaron algunos disparos más, que pasaron por encima de los ocupantes del balandro, agujereando nuevamente la vela…

Pero la embarcación estaba ya lanzada contra la lancha, con la potencia del viento marino. El que la había estado tripulando saltó a los mandos y la puso en marcha… con tan mala fortuna que,

precisamente, la lancha quedó de flanco con respecto al balandro, justo en el momento en que la proa de este chocaba contra el casco… Se oyó un fuerte crujido, y trozos de madera y plástico saltaron por el aire. En menos de dos segundos, la lancha roja quedó poco menos que partida en dos pedazos, hundiéndose rápidamente, dejando pasar al balandro, que continuó mar adentro…

—¿Está bien, señor Pierrot? —preguntó tranquilamente Paco.

—Sí, maldita sea…

—No maldiga por eso, hombre. La vida es lo más hermoso que tenemos… ¿No es cierto, Antoñita?

Le quitó el pie de encima y la ayudó a ponerse en pie. Señaló hacia atrás, donde todavía se veía el chapoteo de los tres hombres manteniéndose a flote.

—¿Saben nadar bien tus amigos?

—Sí.

—Pues mejor para ellos. En cuanto a ti…

—¡No puedes matarme, no…!

—Querida, yo soy un caballero. Ni siquiera sería capaz de pegarte, como ha hecho el señor Pierrot. Eso es una cosa muy fea. Pero, en cambio, te voy a demostrar que eres el tonto sexo, que siempre cumplo mi palabra, y que, por tanto, te voy a tirar al mar. ¿Tú también sabes nadar?

—¡Pero hay mucha distancia de aquí a la playa…!

—Mientras hay vida, hay esperanza. ¿Sabes una cosa?: no quisiera separarme de ti sin tener un buen recuerdo, así que…

Paco adelantó una mano, arrancó de un suave tirón la pieza superior del bikini, y se quedó mirando, sonriendo como un niño sorprendido de modo muy agradable.

—Caray… Bueno, niña, ¡al agua!

—¡No!

Sin inmutarse, el español cogió en brazos a Antoinette, se acercó a la borda y la alzó por encima, dominando tranquilamente la resistencia de la muchacha.

—Vaya usted con Dios, criatura.

Y la dejó caer. Estuvo mirándola unos segundos, agitando la pieza superior del bikini como si fuese un pañuelo. Luego, se acercó a la vela y la miró como enfurruñado. Recogió el bolso playero de

la falsa francesa, volcó su contenido sobre cubierta, y vio enseguida los billetes.

—Ajajá… Dinero francés. Espero que haya suficiente para comprar una vela nueva… Nunca me gustaron los remiendos. Y como la culpa de que mi vela se haya estropeado es de ella, ella ha de pagar la nueva.

Metió dentro del bolsito las demás cosas, fue junto al silencioso y enfurruñado Pierrot, y se lo entregó.

—Quizá encuentre algo interesante aquí dentro, señor Pierrot. Oh… Debo decirle que lamento haber tirado su pistola al mar. Espero que podrá conseguir otra muy pronto.

—¿Cómo lo ha hecho?

—¿El qué?

—Eso de partir la lancha en dos… ¿Tiene un refuerzo de metal en la proa de su balandro?

—Exactamente. Usted es un impaciente, amigo. Cuando Paco Rivelles dice una cosa, esa cosa ya no tiene vuelta de hoja.

—Lo que está resultando es que Paco Rivelles es un tipo de cuidado.

—Ya le dije que en mi país nos enseñan a pelear bien…, por si acaso. Supongo que ahora me dará un montón de dólares, para gastos complementarios del viaje a Nueva York… ¿Le parece bien unos… cinco mil dólares?

—De acuerdo —acabó por sonreír el espía americano—: le daré ese dinero.

—Espero pasarlo muy bien durante la travesía… ¿Dónde quiere que le deje antes de llevar a reparar mi balandro a un sitio discreto y donde sepa que lo encontraré al volver de USA?

—Sigamos navegando. Ya le indicaré… ¿De verdad considera eso como un recuerdo?

Paco agitó la pieza del bikini, sonriendo infantilmente.

—Bueno… Hay quien colecciona mariposas muertas, sellos de correos, huesos de animales prehistóricos… ¿Qué tiene de malo conservar medio bikini, señor Pierrot?

Capítulo II

Faltaba una hora para la salida del *Empire* de los muelles de El Havre cuando un taxi de París se detuvo todo lo cerca posible de la blanca y enorme pasarela. Y Paco Rivelles, después de haberse dado la gran vida en París durante aquel intermedio del asunto comenzado en Niza, se apeó del taxi. Con una magnífica propina, convenció al taxista parisino de que debía cuidarse de colocar su equipaje en el transatlántico, y él se dedicó a dar unas vueltas por el muelle, fumando un estupendo cigarro que, según todos los indicios, procedía de Cuba.

Convertido en un auténtico caballero, lo cual era, al fin y al cabo, su auténtica condición, el español recorrió los muelles, estudió a las personas que abordaban el *Empire*, y, finalmente, se dedicó a examinar aquel coloso de los mares, con más de ochocientos pies de longitud de la proa a la popa. Blanco, nuevo, moderno, el *Empire* podía proporcionar a quienes viajasen en él cualquier capricho. Desde su conjunto de tres piscinas hasta un magnífico teatro, dos cines, tiendas, sastrerías, *night clubs*… De todo. Definitivamente, el *Empire* era como una pequeña ciudad provista de todo, incluido servicio de radio, telegrafía, teléfono que enlazaba con todos los continentes…

La travesía prometía ser interesante.

Diez minutos antes de la partida del imponente transatlántico, Paco Rivelles, apurado ya el tiempo máximo, decidió subir a bordo. De modo que se dirigió a la pasarela de la clase de lujo. Impecable con su traje deportivo, simpático con su sonrisa siempre irónica, el español no perdía detalle de cuanto sucedía a su alrededor. Naturalmente, no se llamaba a engaño… Los rusos insistirían, y, a fin de cuentas, Antoinette sabía que él tenía que abordar el *Empire* aquel mismo día.

Pero una de las cosas buenas que tiene el espionaje, es que,

generalmente, vale más el objeto por el cual se espía que el propio espía o agente secreto. Así, en aquel caso, él no era nada. Nada, en el sentido objetivo. El objetivo era la tira de microfilme donde estaba detallado el sistema a seguir para la construcción del centralizador fotográfico. Por tanto, estaba convencido de que, antes de matarlo, se asegurarían de que podrían conseguir aquel microfilme… Mientras no estuviesen seguros de que la muerte de Paco Rivelles iba a serles beneficiosa, no le matarían. Y ya se encargaría él de que nadie a bordo estuviese seguro de que llevaba consigo el microfilme, porque…

El encontronazo le hizo perder un instante el equilibrio mientras, instintivamente, tendía las manos hacia la otra persona. Quizá debió mirar también hacia delante, pero eso no es propio de quien se dedica al espionaje, que defiende, primordialmente, su espalda.

Error.

Y para demostrárselo, allí tenía, sujeta por sus brazos, a aquella dama, que sin duda habría caído al suelo de no haberla sostenido él mismo. Evitó la caída de la elegante dama, pero no la de la caja de bombones y las flores, así como el bastón con puño de plata… Todo esto rodó por el suelo, y la dama, tras una estupefacta mirada a sus pertenencias, fijó sus azules ojos en Paco Rivelles. Ojos azules, limpios como el cielo de verano, protegidos por unos lentes ovalados; la dama debía de tener unos sesenta años, vestía severamente de negro, llevaba algunas puntillas blancas, de Holanda, en el borde del cerradísimo escote, faldas más bien largas y zapatos negros, de medio tacón muy grueso. Sus cabellos eran grises, casi blancos…

Pero pese a su edad y a su fragilidad física, la dama parecía tener un recio carácter, porque se soltó bruscamente del español, lo fulminó con una mirada, y exclamó:

—¡Usted es un salvaje, joven!

—Mmm… Perdón, *Madame*… Le suplico perdón y mil veces perdón…

—¡Lo que ha de hacer es caminar con más cuidado! ¿En qué iba usted pensando, joven salvaje?

—Pues… Oh, espero que *Madame* tendrá la bondad de perdonarme, por favor… Recogeré sus cosas…

A su pesar, Paco se sentía un tanto cohibido ante aquella señorial dama enfurecida. Q quizás era debido a las sonrisitas de quienes estaban presenciando el insignificante incidente. Se inclinó, recogió el bastón, la caja de bombones…, y se quedó mirando, en verdad consternado, los bombones desparramados por el suelo, así como las flores, inevitablemente sucias.

Carraspeó, vaciló, y, por fin, tendió a la dama el bastón y la caja de bombones, poco menos que vacía.

—¿Esto es todo? —preguntó fríamente ella.

—*Madame*, le aseguro que estoy consternadísimo… Admito mi culpa… Iba distraído, es cierto. Pero, si *Madame* me lo permite, le diré que no soy ningún salvaje… Sería un honor para mí reponer esas flores y los bombones…

—¡Ya salió el millonario americano! Lo pisotean todo, y luego, con unos cuantos dólares, creen que pueden arreglarlo…

—Perdón, *Madame*… No soy americano, sino español. En cuanto a lo sucedido…

—¡Español! ¿De veras es usted español?

—Desde luego, *Madame*.

—Pues sepa una cosa, joven: los españoles siempre me han sido extremadamente simpáticos…

—¡Muchas gracias, *Madame*! —sonrió Paco.

—Hasta ahora —acabó fríamente la dama—. Por su culpa, temo que variaré de opinión respecto a los españoles.

—Le suplico que no lo haga, *Madame*. Si para ello es necesario que me suicide, lo haré. Aunque preferirla hacerlo al terminar la travesía… Promete ser hermosa, ¿no es cierto, *Madame*?

—Yo diría que sí, porque… Mire, joven, no tengo por qué conversar con usted, de modo que siga su camino… y Dios se apiade de las señoras. Hasta nunca.

—Es usted demasiado severa conmigo, *Madame*. ¿No sonreiría un poco si le prometiese no atropellar a más señoras ancianas?

—¿A quién está usted llamando anciana, joven salvaje?

—Pues… Mmm… Oh, bueno, no quería. Es decir, me pareció que *Madame* tenía una edad que… No, no, no es eso, por Dios… Quería decir que…

—Usted, joven, además de salvaje, es un grosero.

—Ocurre, *Madame*, que mi vista no es buena, y…

Pero la dama se alejaba ya hacia la cercana pasarela, tras alzar orgullosamente la cabeza. Paco Rivelles quedó como anonadado, y, al fin, tras rascarse la cabeza, se fue tras ella, ignorando por completo las sonrisitas que había a su alrededor. La dama tenía mal genio, según parecía, y Paco pensó que, afortunadamente, con un poco de suerte, ya no la volvería a ver, porque el barco era, en verdad, muy grande.

Y se equivocó del todo.

Cuando un botones lo dejó delante de su camarote, el J, otro botones estaba mostrando a la anciana dama el interior del camarote contiguo, el K. Es decir, que, durante toda la travesía, Paco Rivelles tendría como vecina inmediata a la irascible dama de los anteojos. Ella le vio, frunció el ceño al verlo dispuesto a entrar en el camarote J y, sin más, entró en el suyo.

Paco no entró todavía. Esperó a que saliese el botones que había guiado a la dama, y lo llamó con una seña. Le puso en una mano un billete de diez francos nuevos, y preguntó:

—¿Quién es la dama, muchacho?

—La duquesa de Montpelier, señor.

—¿Duquesa?

—*Mais oui, monsieur*…

—De acuerdo, es duquesa. Pero tendrá un nombre… ¿No?

—*Oui, monsieur*. Ella es Annette Simonet, *Madame la duchesse* de Montpelier.

—Está bien… Muchas gracias, majo.

Entró en su camarote, dio otra propina al botones que le había servido a él, y quedó solo. Un vistazo le convenció de que no iba a ser «confort» lo que iba a faltarle en aquel viaje. Tenía teléfono, baño, televisión de circuito cerrado del barco, un lecho confortable, una ventana circular que daba sobre la cubierta de paseo y desde la cual vería perfectamente el mar en todo momento, y un sofá muy a propósito para pasar un rato distraído si las damas de a bordo se mostraban asequibles… Las damas de a bordo… menos una, claro.

Después del vistazo superficial, Paco se dedicó en serio al vistazo de registro del camarote. Había leído demasiadas cosas de los espías para confiar en nada ni en nadie. De modo que estuvo revolviéndolo todo, en busca de micrófonos, bombas, cámaras de televisión, o cualquier cosa parecida. A fin de cuentas, la linda

Antoinette, que tan bien lo había distraído durante aquellos dos días en Niza, sabía desde hacía una semana que él tomaría aquel barco. Y los espías, cuando saben con tiempo las cosas, lo preparan todo muy bien.

Pero no. No había nada. Ni cámaras de televisión, ni micrófonos, ni bombas, ni nada. Todo bien.

Y, justo entonces, el transatlántico se ponía en marcha, alejándose del muelle. Paco echó un vistazo por la circular ventana a los personajes que, desde tierra firme, decían adiós con los pañuelos. Solo un vistazo, porque aquello de las despedidas siempre le había fastidiado. Si una persona dice que se va, pues se le dice adiós y eso es todo. Ya volverá, si quiere y puede.

Y como todavía faltaban dos horas para la cena, Paco Rivelles se dijo que podía pasar aquel tiempo en el bar… En uno de los bares del barco. El más lujoso, por supuesto. No hay nada más divertido que pegarse la gran vida cuando pagan otros. La CIA, por ejemplo.

Estaba ya a punto de abrir la puerta cuando recordó algo. Se dio una palmada en la frente, fue al sofá y se sentó. Se quitó un zapato, abrió el tacón y sacó del hueco una diminuta esfera de plástico. Se puso el zapato, se incorporó, y estuvo mirando a su alrededor, hasta que su mirada quedó fija en el pequeño cuadro moderno. Un cuadro pequeño, impresionista, con grandes rayas negras, rojas y amarillas… Cualquiera sabía lo que significaba aquello. Se acercó, y pasó la mano por la tela. No era tela, sino papel fotográfico; o sea, una reproducción fotográfica de algún cuadro que, sin duda, debía de ser famoso. Con una uña estuvo siguiendo una de las líneas negras, apretando, hasta conseguir una hendidura. Aplastó entonces la cápsula de plástico, sacó una finísima tira de microfilme y la encajó longitudinalmente en la hendidura. Luego, se dio una vuelta por el camarote y miró de pronto hacia el cuadro.

Nada. Ni él mismo podía ver el microfilme, a pesar de saber dónde estaba exactamente. Se acercó más, y más, y más… Luego, miró desde distintos ángulos, ya con las luces encendidas, asegurándose de que no habría ningún reflejo delator.

Y ya tranquilo salió al pasillo, lo recorrió hacia el centro del barco, encontró allá el pasillo que daba a cubierta, salió y tiró la esfera de plástico aplastada al mar, sin ningún gesto delator, simplemente apoyándose en la borda y dejándola caer. Estuvo allá

unos cinco minutos, mirando hacia El Havre.

Luego, pensó que ya no tenía por qué esperar más para tomar un buen coñac español. Recorrió la cubierta de paseo hacia popa, y se encontró en el Glass Enclosed Bar, en plena popa, cerrado a los vientos y con todo el mar a la vista a través de las grandes cristaleras. Se sentó a una mesita junto al ventanal… y se quedó mirando poco menos que mareado de belleza a la muchacha que en aquel momento entraba también en el bar. Una rubia de ojos verdes que parecían tener fuego dentro… Se dirigió a una mesita cercana a la de Paco, se sentó y sonrió cuando un camarero se acercó a ella… Había cruzado las piernas, enseñándolas lo bastante para que Paco se pasase la noche esperando que por la mañana aquella nena fuese a una de las piscinas en bikini…

—¿… señor?

Paco alzó vivamente la mirada, y se sobresaltó al ver junto a él a un camarero, cuya actitud era la clásica de quien tiene mucha paciencia y es capaz de repetir cien veces la pregunta de «¿qué desea tomar el señor?».

—Oh, bien… Coñac… Sí, coñac. Un «Carlos I».

—¿Con hielo, señor?

—De ninguna manera.

El camarero se alejó, y Paco se dedicó a mirar a la rubia de los ojos verdes, sonriendo de aquel modo que partía los corazones… La rubia debía de tenerlo muy débil, porque también sonrió…

Y entonces entró la pelirroja. Con lo cual, las inclinaciones de Paco Rivelles hacia el bello sexo quedaron notablemente confusas… ¿Rubias o pelirrojas? Porque si la rubia estaba bien, la pelirroja estaba para ponerse a dar gritos. Se sentó a la barra, enseñando aún más las piernas que la rubia y convencida de que su escote era en verdad sensacional. Y lo era, lo era…

—El coñac, señor.

—¿El qué?

—*Le cognac, monsieur.*

—*Mais oui… Merci…*

El camarero, como debe ser, resultaba inmutable. Pero no Paco Rivelles, quien, pocos segundos después, precisamente cuando estaba degustando el primer sorbo de «Carlos I», sufrió una sacudida nerviosa que estuvo a punto de ahogarlo con el sorbito de

coñac…

Pero… ¿qué demonios ocurría allí? ¿Acaso no había mujeres feas en el mundo? Bueno, quizá las hubiera en el mundo, pero no en el transatlántico *Empire*. La rubia estaba sensacional, la pelirroja estaba fantástica, mas… ¿cómo estaba la morena que acababa de entrar en el bar? Casi tan alta como Paco Rivelles, con unos enormes ojos grises un poco exóticos, rasgados, y un cuerpo increíble…

No había derecho.

A veces, se había pasado más de una semana buscando una mujer que fuese digna de sus atenciones, de sus galanteos… Y ahora, en menos de tres minutos, tenía allá tres mujeres como jamás las había soñado… Eso era auténtica mala suerte, porque, claro, él no podía dedicarse a tres mujeres a la vez, sobre todo viajando las tres en el mismo barco…

Miró a la rubia, y ella volvió a sonreírle, levemente, pero con evidente agrado. Un vistazo de reojo a la morena, y Paco consiguió otra sonrisa. Una miradita a la pelirroja, y ella enseñó sus bonitos dientes en una sonrisa que tiraba de espaldas…

Paco Rivelles alzó una mano, llamando al camarero, que se apresuró a acercarse.

—¿Diga, señor?

—Por favor, ¿cuántos coñacs he bebido?

—Aquí uno, señor.

—¿Seguro?

—Segurísimo, señor.

—¿Un coñac normal?

—El que usted pidió, señor.

—Bien… Tendré que creer en todo lo que ven mis ojos. ¿Usted ve lo mismo?

El camarero se permitió una ligerísima sonrisa.

—Temo que sí, señor: veo lo mismo. Si me lo permite, señor, le diré que el *Empire* está de suerte esta vez.

—Eso es lo que pienso yo —casi rio el español—. ¿Puede enviarme un botones?

—Enseguida, señor. ¿Más coñac, quizá?

—No, no… Lo bueno hay que dosificarlo.

—Desde luego, señor.

El camarero se alejó, y Paco le vio hacer señas a un botones, que envió a su mesa. Era un muchacho despierto, de mirada maliciosa, que brilló intensamente cuando Paco le pidió en primer lugar que comprase un ramo de flores…

—¿De qué te ríes?

—De nada, señor —se sobresaltó el botones.

—Ah… Bueno, además del más hermoso ramo de flores, quiero que compres también una caja de bombones. ¿Está claro?

—Sí, señor… ¿Y qué más?

—Nada más.

—¿Solo… dos cosas?

—Muchacho —suspiró el español—, no es bueno crecer demasiado de prisa, créeme. Así que deja en paz tus malos pensamientos, ve a comprar lo que te he dicho… y lo llevas al camarote K, a la anciana duquesa de Montpelier. Lo entregas en mano. La reconocerás enseguida, porque tiene sesenta años, lleva lentes y tiene muy mal genio. Si te tira las flores y los bombones a la cabeza, todo lo que tienes que hacer es escapar corriendo… *Okay, boy?*

—*Okay*, señor.

—Y otra cosa: nada de pensar que la duquesa y yo… ¿Eh?

—No, señor —se sonrojó el botones—. No lo pienso, señor.

—Pues adelante. Toma estos billetes… Y lo que sobre, para ti. Si no sobra nada, me lo dices más tarde. Andando se va a Roma.

Paco estuvo todavía diez minutos más en el bar, un poco consternado porque la pelirroja se había marchado, dejando tras ella una sonrisa sensacional que parecía destinada exclusivamente al español, pese a que ya había varios hombres más en el bar. Todavía, antes de marcharse, estuvo lanzando miradas románticas a la morena y a la rubia… La rubia correspondía bien, pero la morena parecía haberse… enfriado. Su gesto era ya más bien seco, casi duro. Por contraste, era la que más miraba al español, sin esforzarse demasiado en disimularlo.

Tras un paseo por la cubierta, Paco regresó a su camarote, dispuesto a cambiarse para la cena. Abrió la puerta, entró, dio la luz… y se quedó mirando, estupefacto, al extraordinario visitante. Mejor dicho: la extraordinaria visitante clandestina.

Su estupefacción fue tal que estuvo un par de segundos incapaz

de reaccionar. Aquella mujer llevaba un vestido de malla negra, muy ceñido al cuerpo femenino más perfecto que Paco Rivelles había visto en toda su vida, mirando de arriba abajo, de abajo arriba, de derecha a izquierda, de… Se mirase por donde se mirase, aquella mujer tenía el cuerpo más bello del mundo, y eso quedaba bien evidente debido a la apretada malla negra, que también cubría su cabeza. Solamente quedaba la cara al descubierto, y aun parcialmente, debido al también negro antifaz. Era como una sombra maravillosa; un sueño, una ilusión…

—¿Quién demonios es usted? —musitó Paco.

La mujer se acercó a él, sonriendo tan dulcemente que el español notó las piernas débiles, como si sus rodillas se estuviesen derritiendo. Por las aberturas del antifaz, unos enormes, inmensos y bellísimos ojos azules parecían lanzar chispitas irónicas y amables a la vez.

La mujer de negro alzó una mano, de pronto. Suavemente… Tan suavemente, tan lánguidamente, que Paco llegó a pensar que se la ofrecía para que la besase. Y cuando empezaba a relamerse ante aquel festín, la dulce manita se tensó, pareció convertirse en una tabla… Y antes de que Paco pudiera pensar nada más, recibió en un lado del cuello el más tremendo golpe de su vida.

Cayó de rodillas ante la dama de negro, y entonces recibió el segundo golpe, ahora en la nuca.

Posiblemente, Paco Rivelles ni siquiera tuvo tiempo de pensar que en aquel lujoso transatlántico había demasiadas mujeres…

Capítulo III

Fue despertado por unos violentísimos golpes que recibía en plena cabeza. Unos golpes tan fuertes que parecían ir a partírsela en miles de pedazos de un momento a otro… Abrió los ojos, recibió de lleno en ellos la luz, y los volvió a cerrar.

—Señor Rivelles… Señor Rivelles…

Se sentó, con los ojos todavía cerrados. Era como si también su nombre hubiese sonado dentro de su cabeza, casi haciéndola estallar. Y, de pronto, se dio cuenta de que ya no lo estaban golpeando. La voz sonaba en el pasillo, y los golpes que había creído recibir en la cabeza, eran llamadas a la puerta de su camarote.

Se puso en pie, sacudió la cabeza, miró mortecinamente a su alrededor… Y, de pronto, sus ojos quedaron fijos en el cuadro impresionista. Fue allá de un par de trompicones, y suspiró aliviado cuando vio el microfilme en la ranura donde lo había colocado…

—Señor Rivelles…

Se arreglé los cabellos, fue a la puerta y abrió. El botones estaba ante él, casi oculto por un magnífico ramo de flores y una gran caja de bombones.

La voz del muchacho brotó por entre las flores:

—La señora duquesa no está en su camarote, señor Rivelles.

—Pues búscala —gruñó Paco.

—La he buscado, señor, y no la encuentro. También lo busqué a usted, y como no lo vi por el bar, pensé que estaría aquí… ¿Qué hago con todo esto?

—Tíralo a los peces. Esperemos que alguna sirena se ponga contenta con las flores… ¿Crees que les gustarán los bombones?

—¿Quiere que tire todo esto, señor? —protestó el muchacho.

—Bueno… Creo que tienes razón. ¿Has vuelto a llamar al camarote de la duquesa?

—¿Ahora? No, señor.

—Pues llama, hijo, llama. Apuesto algo a que ya ha vuelto de ordenar al capitán que el barco siga su ruta exacta, y que tenga cuidado con los témpanos de hielo, y que procure que ningún pasajero la moleste… Especialmente, yo. Adiós, majo.

Cerró la puerta, se desnudó y se metió en la ducha. Cosa sorprendente, el dolor de cabeza había desaparecido apenas estuvo en pie y con los ojos bien abiertos… Se quedó inmóvil bajo el grueso chorro de agua, pensativo. Naturalmente, él también sabía pelear de aquella manera, pero la dama de negro no le había dado ocasión. Estaba seguro de que el primer golpe había sido uno de los del karate, solo que suavizado. El segundo, en la nuca, era de la más clásica escuela del judo. Y bien aplicados, sin deseos de matar o lastimar en exceso.

¿Quién era aquella mujer que sabía golpear de aquel modo, que entraba cuando quería en el camarote de otro pasajero, que desaparecía tranquilamente…?

Antoinette, la rubia, la pelirroja, la morena, la dama de negro… Ah, y la duquesa. Demasiadas mujeres, sí. Una idea que, aun lamentándolo tenía que aceptar como muy razonable, era la de que, en aquel viaje, sería mejor no complicarse la vida con mujeres, porque solo así podría dedicarse con todos sus sentidos a…

Otra llamada a la puerta.

—¡No estoy! —contestó Paco.

Se dio un buen frote con el agua fría, y de nuevo oyó la llamada a la puerta. Refunfuñando, el español decidió que el mejor modo de quedarse tranquilo era abrir la puerta, atender lo que fuese y volver a la ducha.

De modo que se envolvió con la toalla de cintura para abajo, salió al camarote chorreando agua por todas partes y abrió la puerta, fruncido el ceño.

—Cuando digo que no estoy, es… ¡Oh, oh…!

Allá estaba la señora duquesa de Montpelier, mirándolo con los ojos muy abiertos tras los cristales de sus lentes ovalados.

—¿Nunca hace usted lo conveniente, señor Rivelles? —preguntó la dama, al fin, recuperándose de la sorpresa.

—¿Lo… conveniente, *Madame*?

—No es forma de recibir a una señora.

—¿A una…? Oh, bueno… Emmm… Creo que deberá perdonarme, *Madame*, pero no esperaba este honor… ¿En qué puedo servirla?

—Sigue usted siendo un maleducado, señor Rivelles.

—Pues… ¡Oh, es cierto! ¿No quiere pasar?

—Gracias. Pero procure no mojarme.

—Sí… Claro, lo tendré en cuenta.

El español se apartó, y la dama entró en el camarote, cuidando pulcramente de no pisar los charquitos de agua. Echó un vistazo en torno y se volvió hacia Paco, que continuaba sujetando la puerta, un poco violento. Ella lo miró de arriba abajo, inquisitivamente: anchos los hombros, fina la cintura, inteligentes los negros ojos, apuesto, muy bronceado por el sol, fuerte como el acero, simpático con sus greñas mojadas sobre la frente…

—Si no cierra la puerta va a resfriarse, señor Rivelles.

—Ah… Bien, me pareció que…

—Caballero, mi honor está por encima de esas tonterías.

—Por supuesto, *Madame*.

Cerró la puerta, y se quedó sin saber qué hacer, salvo sujetarse la toalla a la cintura, temiendo que un descuido en ese sentido afirmase más a la señora duquesa en la opinión de que él era un grosero.

—He venido solamente a darle las gracias por su gentileza, señor Rivelles. Creo que antes fui excesivamente brusca… e intransigente con usted.

—Oh, *Madame*, no tiene importancia, se lo aseguro…

—Para mí, la tiene. ¿Puede perdonarme?

—Si usted me ha perdonado a mí —sonrió el español—, no tengo más remedio que perdonarla yo a usted, *Madame*. Solo lamento que mi… obsequio de paz no llegara antes a sus manos, pero el botones dijo…

—Ya sé. Estuve paseando por el barco… ¿Piensa ir así al comedor, señor Rivelles?

—Pues… ¡No! ¡Por supuesto que no!

—Imagino que tiene un esmoquin.

—*Madame*, por favor… ¡Soy un pasajero de la clase de lujo de este lujoso transatlántico!

—Magnífico. ¿Dentro de quince minutos, entonces?

—Mmm… ¿Cómo dice, *Madame*?

—Le estoy permitiendo cenar en mi compañía, señor Rivelles.

—Ah…

—Supongo que eso le hace feliz.

Paco Rivelles abrió la boca, pero la cerró de golpe. Una rubia imponente, una pelirroja sensacional, una morena espléndida… Y allá estaba aquel vejestorio vestido de negro asegurando que él iba a ser feliz por cenar en su compañía…

—Desde luego, *Madame* —sonrió por un lado de la boca—. Muy feliz, es cierto.

—Entonces, dentro de un cuarto de hora en el Star Dinning Room —la duquesa alzó su impertinente bastón y señaló con él la cabeza del español—. Y péinese bien. Espero que su esmoquin esté bien planchado.

—Sí, desde luego.

—Y sepa que detesto la impuntualidad.

—Lo tendré en cuenta, *Madame*.

—Naturalmente, no deberá acostumbrarse a cenar conmigo… Esto es solamente una concesión que le hago por mi intransigencia de esta tarde.

—Sí… Por supuesto… Agradezco su bondad, *Madame*.

—Y deje de llamarme *Madame* a secas. Soy *Madame la duchesse* de Montpelier.

—Oh, sí… Sí, claro, *Madame*… *la duchesse* de Montpelier.

—Sobra lo de Montpelier.

—Claro… ¡Qué necio soy!

Ella alzó el relojito de oro que colgaba sobre uno de sus escuálidos senos caídos.

—Dentro de doce minutos, señor Rivelles.

—Dentro de doce minutos. Seré puntualísimo.

Abrió la puerta, ella se colocó en el umbral, lo miró de arriba a abajo y luego se alejó por el pasillo, con el gesto de quien teme haber confiado demasiado en las posibilidades y méritos de los demás.

Por su parte, Paco se quedó pensando que quizás había exagerado al catalogar a la duquesa entre las mujeres. Esto lo dejó no poco reflexivo durante un par de minutos, hasta llegar a la conclusión de que, decididamente, a la duquesa no la contaría entre

las muchas mujeres… Era solo… un ser. Pero no una mujer.

Decidido esto, optó por no prolongar la ducha y llegar lo más pronto posible al comedor donde le esperaba la duquesa, pensando que era una gran suerte que ella hubiese dicho que no se lo tomase por costumbre. En verdad, cenar cada noche con ella durante toda la travesía habría sido un tormento que no…

Y volvieron a llamar a la puerta del camarote. Mascullando irritado, Paco fue a abrir, en calzoncillos. Se dio cuenta de este detalle cuando ya tenía la mano en el pomo de la puerta, y pensó que no le gustaría mucho que le visitase la rubia, la morena o la pelirroja, y lo viesen en tan ridícula indumentaria masculina.

Así que abrió apenas dos dedos la puerta, preguntando:

—¿Quién…?

La puerta acabó de abrirse, violentamente, con tal ímpetu que Paco Rivelles salió disparado hacia atrás, efectuando un corto vuelo hasta cerca del sofá, junto al cual quedó tendido, tras golpearse en el canto con la cabeza. Cuando recuperó el dominio visual de la situación, la puerta del camarote estaba de nuevo cerrada… pero dentro del camarote había tres hombres, plantados como enormes sombras amenazantes junto al español. Tres tipos muy altos, muy fuertes, muy rudos.

Paco empezó a ponerse en pie, cada vez de peor talante, refunfuñando:

—Oigan, ustedes no tienen…

Recibió un tremendo patadón en la boca del estómago, que lo dejó sin aliento. Inmediatamente, un golpe en la barbilla, propinado con el empeine de un enorme pie. Luego, recibió unos cuantos golpes más, y cuando vino a darse cuenta estaba sentado en el sofá, con aquellas tres enormes sombras como volcadas encima de él.

—Vamos a decirle algo serio, Rivelles. De manera que le aconsejo que escuche atentamente: tiene usted veinticuatro horas para entregarnos el microfilme de Trepof. ¿Está claro?

—¿De Trepof? ¿Qué demonios dicen ustedes?

—Le estamos hablando del microfilme que contiene el invento de nuestro compatriota Zinovi Trepof. Puesto que los planos originales fueron destruidos, y ahora el único medio de conocer ese invento es poseyendo el microfilme, nosotros queremos ese microfilme que tiene usted… ¿Está entendido?

—No. Y si insisten en…

Insistieron los tres. Uno, el más grande, lo puso en pie de un tirón, y le clavó un tremendo derechazo en el estómago que volvió a dejar sin aire los pulmones de Paco Rivelles. Hecho esto, se lo pasó al otro, que le clavó un zurdazo al hígado poco menos que mortal. Y por último, con un rodillazo en el bajo vientre, volvieron a tirarlo sobre el sofá.

—Tiene veinticuatro horas para entregarnos el microfilme, Rivelles. Piénselo bien, porque si no acepta esta tregua amistosa, no llegará vivo a Nueva York.

—Quizás esté dispuesto a entregarnos el microfilme ahora mismo —sugirió otro de los visitantes.

—No es mala idea —aceptó el primero—. ¿Qué dice a eso, Rivelles?

—No digo nada.

—¿No quiere entregar el microfilme?

—No.

—Bien… Entiendo que no quiere entregarlo ahora. Su actitud, teniendo en cuenta que espera conseguir cien mil dólares por ese microfilme, me parece… humana, muy normal. Pero piense que siempre es mejor tener la vida que cien mil dólares. Piense eso durante veinticuatro horas. Si pasado ese tiempo no me ha entregado el microfilme, tendremos que recurrir a procedimientos poco amistosos. Le pido por favor que recapacite, ya que estamos hablando en serio.

—Recapacitaré.

—Entonces… ¿tiene el microfilme?

—Desde luego.

Uno de los amigos del que estaba llevando la conversación se cernió amenazadoramente sobre Paco, pero el otro le contuvo.

—No… Quietos, por ahora. Es poco probable que el señor Rivelles pueda abandonar el barco hasta dentro de siete días, de modo que podemos permitirnos ser tolerantes y comprensivos. Y hasta pacienzudos. Pero solo eso, Rivelles. Mi nombre durante esta travesía es Viktor Makarian; puede encontrarme fácilmente en la clase de lujo. Cuando haya pensado lo que le conviene, lléveme el microfilme… y procuraremos no tomar represalias contra usted por lo que ha hecho. Quizá, si su comportamiento es satisfactorio,

decidamos no matarlo. De usted depende.

Paco estuvo unos segundos examinando seriamente a los tres hombres. El llamado Viktor Makarian era el menos alto y macizo, pero el más peligroso, el más cruel. Tenía los ojos tan claros que parecían de agua. Los otros dos tenían los ojos oscuros, relucientes como los de una fiera carnicera. Medían más de seis pies, eran fuertes, bien entrenados. Hacía falta estar loco para pretender vencer a aquellos hombres solo con las manos… Bueno… Hacía falta estar loco a menos que se supiera luchar muy bien. Y de eso, Paco Rivelles estaba al corriente de las últimas novedades mundiales. Lo mismo le daba pelear a empujoncitos que empleando el judo, el karate, el jiujitsu, el kung-fu…

—¿Todo lo que les interesa es el microfilme?

—Sí.

—¿Y mi vida?

—Usted es un pobre muchacho aficionado que tuvo una oportunidad y supo aprovecharla. Desde un punto de vista imparcial, nos parece bien, ya que nosotros habríamos hecho lo mismo. Pero, como resulta que sus intereses coinciden con los nuestros, no pensamos ser tan amables y detenernos en consideraciones. Por tanto, insisto por última vez: o nos entrega antes de veinticuatro horas el invento de Zinovi Trepof… o no llega vivo a Nueva York. ¿Entendido?

—Entendido.

—Pues eso es todo. Hasta la vista, Rivelles…

—Un momento —dijo otro—. ¿Por qué no le preguntas quién es la vieja?

—¿Qué vieja? —se sorprendió Paco.

—La que ha estado hace poco con usted en este camarote. La misma con la que tropezó antes de subir al barco… y a la cual le ha enviado flores y bombones.

—Caray… Están ustedes muy enterados, ¿no?

—Es nuestro trabajo. ¿Quién es la vieja?

—Una duquesa medio chiflada.

—¿La conocía de antes?

—Nunca la había visto hasta el momento de ir a abordar el barco.

—¿Está seguro?

—Oiga —gruñó Paco—, usted puede quizás enseñarme a mí algunas cosas de espionaje y cosas así, pero es un memo a mi lado cuando el asunto va de mujeres. Yo nunca olvido a ninguna, ¿se entera? Además, ¿qué les puede importar a ustedes o a mí una duquesa más vieja que la tos?

—Pensamos en la posibilidad de que ella sea una… cómplice de usted, Rivelles.

Paco abrió mucho los ojos. Luego, los cerró, de golpe, y pareció quedar pensativo. Poco a poco, sus carrillos se fueron hinchando, como los de un niño que se esfuerza en contener la risa. Y, por último, ya sin poder evitarlo, soltó una gran carcajada… que le ocasionó no poco dolor en el golpeado estómago.

—¡Mi madre! —rio—. ¡La vieja duquesa convertida en mi cómplice! ¡Esta sí que es buena, y no el chiste del loro!

—¿Qué chiste de qué loro?

—¿No saben el chiste del loro? Pues verán… Había un loro…

—Rivelles, usted es un insensato. Guárdese sus chistes para mejor ocasión, y con otras personas. Y tenga en cuenta que quizá no pueda contar ningún chiste más. Hasta luego.

—Nos volveremos a ver —dijo Paco.

—Por supuesto. Por mucho que se esconda usted, nos veremos.

—Es que —sonrió fríamente el español—, la gracia de este nuevo chiste está en que no pienso esconderme. Por eso digo que volveremos a vernos. Y quizá no esté yo entonces en calzoncillos… y desprevenido.

En los tres rostros aparecieron sendas sonrisas tan frías como la de Paco.

—Es un desafío divertido, Rivelles. Pero, como chiste, le diré que no tiene ninguna gracia… para usted. No sea estúpido, olvide esos cien mil dólares que le ha ofrecido la CIA, y vuelva a su vieja España. Tenemos entendido que allí se vive muy bien, aunque uno no tenga cien mil dólares.

—Pero con seis millones de pesetas se vive mejor. Los tres ceños se fruncieron.

—Quizá pueda convencerlo de otro modo, Rivelles: a nosotros tres, personalmente, tanto nos da volver con el microfilme como volver con su cabeza. En cambio, a usted lo único que debe interesarle es conservar esa dura cabeza. Piénselo bien… Vámonos.

Ya no se habló más. Los tres hombres salieron del camarote de Paco, que se puso en pie, se palpó el vientre y los costados, y dijo una cosa fea en español, referente a la escasa fidelidad de las esposas de aquellos tres individuos.

Naturalmente, ahora se imponía acabar de ducharse, para refrescarse de verdad. Habían sido demasiados golpes en muy poco tiempo, y aunque él era muy duro, empezaba a sentirse molesto. Primero, le golpea una mujer y, luego, tres hombres…

«Mal asunto, Paco —pensó bajo el agua fría—. Según parece, en este barquito no solo hay demasiados hombres… Y me pregunto qué es peor. Por mi parte, y para que no me confundan con una margarita de salón, me quedo con las mujeres. Y que sea lo que ellas quieran».

Capítulo IV

—Llega usted con cinco minutos de retraso, señor Rivelles.

La voz de la duquesa era áspera, irritada. Paco se sentó ante ella, en la redonda mesita cubierta por finísimo y blanquísimo mantel, y sonrió como quitándole importancia a la cosa.

—También los hombres tenemos derecho a aparecer muy guapos en público, *Madame la duchesse*… ¿No está de acuerdo?

—Es una descortesía llegar tarde a una cita con una dama.

—¿Una cita con…? Oh… Ah, sí, por supuesto… Pero le aseguro que no he podido ir más rápido. ¿Qué le parece que cenemos?

—¿Ya considera saldada la cuestión?

—¿Cuál cuestión? —se extrañó el español.

—La de su impuntualidad.

—Bueno… Creo que usted se toma las cosas demasiado en serio, *Madame… la duchesse*. La vida, a Dios gracias, es lo bastante larga para que podamos perder cinco minutos de cuando en cuando. ¿Qué le parece que cenemos, digo?

—No me gustan las personas descorteses.

Paco, que estaba mirando a sus tres sonrientes mujeres, no la oyó. La pelirroja estaba que se hacía polvo sonriéndole; y lo mismo sucedía con la rubia. En cambio, la morena parecía que se había enfriado definitivamente; incluso habría jurado que le miraba con clarísima hostilidad. La morena cenaba sola. La rubia y la pelirroja en una mesa, también redonda, pero más grande, que compartían con un par de matrimonios de edad madura, ellos muy elegantes, ellas cegadoras con sus joyas de todas clases… También la pelirroja y la rubia llevaban algunas joyas, y unos bonitos vestidos adecuadísimos para la cena. Estaban sencillamente maravillosas. La morena, a pesar de que, si se la miraba detenidamente, resultaba más hermosa que las otras dos, no llevaba joyas, y su vestido era simplemente adecuado y elegante, sin detalles imaginativos.

Además, era la que llevaba el escote menos grande. Las otras dos…

—… descorteses.

—¿Perdón…? ¿Decía algo, *Madame la duchesse*?

—¡No me gustan las personas descorteses! —repitió, francamente irritada la duquesa, por tercera vez.

—Ah. Por supuesto —admitió Paco—, son muy desagradables. A mí tampoco me gustan. Respecto a la cena…

—Ya encargué la cena para los dos, señor Rivelles.

—Magnífico. Espero que tengamos unos gustos… aproximados.

—Así lo deseo, por su bien.

—¿Por mi bien?

—Sin duda. Es evidente que los alimentos demasiado fuertes no solo perjudican el estómago, sino, a la larga, la salud en general. ¿No lo cree así, señor Rivelles?

—Sin duda…

—Entonces, todo irá bien. Desde luego, comprendo que hay alimentos que son una… tentación, pero…

—¿Qué alimentos, por ejemplo? —sonrió Paco.

—Pues… No sé… La langosta, las aves silvestres, la mayor parte de pescados no hervidos, casi todas las salsas… En cambio, hay alimentos mucho más… razonables. En general, todas las sopas son, por la noche, un alimento completo y muy suave…

—¿Las… las sopas…?

—Y las verduras. Cocidas, naturalmente. Nada de rebozadas en huevo o harinas… ¡Y mucho menos refritas! Un platito de buena sopa suave y unas hojitas de…

—*Madame* —se alarmó Paco—, ¿puedo saber qué ha pedido usted para cenar?

—Se lo estoy diciendo: una sopita ligera y un poco de verdura cocida. Naturalmente, después tomaremos té, porque el café…

Paco quedó pálido, muy abiertos los ojos.

—*Madame*, imagino que todo esto es una broma.

—¿Una broma, señor Rivelles?

—¡Esto de la sopa y las verduritas cocidas, y el té…!

—Se está usted poniendo francamente desagradable, señor Rivelles. Mucho me temo que si no cambia de actitud decidiré definitivamente no volver a cenar con usted durante la travesía… ¡Oh, aquí tenemos ya nuestra saludable cena!

El español se sonrojó, de pronto, con tanta violencia que por un instante temió que su piel fuese a reventar, tanta era la sangre que se agolpó en su rostro. Y mientras él permanecía mudo de indignación, haciendo lo imposible por contenerse, el camarero destapó la gran bandeja, y comenzó a servir la cena…

—¿No huele deliciosamente, señor Rivelles?

—¿El qué?

—¡La cena! —rio casi simpáticamente la duquesa de Montpelier.

—Sí… La cena… ¡Oh, sí, por supuesto, huele… deliciosamente! ¿De qué es la sopa?

—De pescado blanco, naturalmente.

—Sí… De pescado blanco… Riquísima…

—¿Le sirvo más, señor? —inquirió el camarero.

—No, no… Lo… lo bueno hay que… dosificarlo. Dígame una cosa: ¿tienen ustedes carne roja en la cocina?

—Por supuesto, señor.

—¿De… de buey bien criado?

—Sí, señor.

—¿Y langosta?

—¡Naturalmente, señor!

—¿Perdiz? —musitó débilmente Paco.

—También perdiz, señor.

—A… a lo mejor hasta tienen chuletas de cordero para hacer fritas, y besugo al horno, y conejo, y… y salsas picantes…

—Así es, señor.

—¿Y gazpacho? ¿Tienen gazpacho?

—Llevamos a bordo un cocinero andaluz, señor. Prepara el gazpacho como nadie en los siete mares. Si el señor desea algo de lo que ha mencionado…

—No, no —sonrió casi moribundo el español—. Nada de alimentos nocivos para la salud. Comeré esta… sopa de pescado blanco, y… y eso otro que veo ahí…

—Como guste el señor.

El camarero se retiró, y Paco tomó la cuchara casi temblorosamente. La duquesa de Montpelier le sonrió, y empezó a ingerir la sopa con una exquisita elegancia, con gestos que parecían tener cien años de antigüedad, bien estudiados, medidos. Era una maravilla verla comer con aquella elegancia…

—¿No tiene apetito, señor Rivelles? —preguntó de pronto.

—Sí… Sí, sí, mucho…

Tomó una cucharada, cerró los ojos, y cuando el líquido llegó a su estómago los abrió.

¿Y bien? ¿Acaso en toda su aventurera vida había probado algo más insípido… y repugnante?

* * *

—Una cena magnífica, ¿no es cierto, señor Rivelles?

—Por completo, señora duquesa. Y ahora, si me lo permite…

—¡Cómo! —exclamó la dama—. ¿Piensa retirarse sin tomar el té?

—Es que como no soy inglés…

—¡El té es una bebida universal!

—No lo discuto. Pero también lo es el vino español, y el… Quiero decir que me encantará tomar el té con usted, *Madame la duchesse*. Pero no aquí. ¿Le parece que vayamos al bar?

—¿No le gusta el ambiente?

Paco, que tenía el olfato impregnado de alimentos «nocivos para la salud», movió negativamente la cabeza.

—Me encanta. Pero será mejor tomarlo allá.

—Bien… Y puesto que su comportamiento durante la cena ha sido muy correcto, debo admitirlo, le permitiré que me invite a una copa de champaña.

—¿Cham… champaña?

—Con guinda, naturalmente.

—Por el amor de Dios… ¿Ha dicho usted champaña con guinda, *Madame*?

—Desde luego. ¿Nunca lo ha probado?

—Pues no. La verdad es que jamás se me ha ocurrido añadir nada el champaña… Nada que no sea líquido de… Oh, vamos, usted está bromeando, *Madame la duchesse*.

—No bromeo, señor Rivelles. Y sepa que el champaña con guinda es algo que yo tomo habitualmente. Digamos que es una concesión que hago como recompensa por mi abstinencia de otras cosas.

—Es una buena idea. Y estoy pensando que si he podido ingerir

la cena de hoy, el champaña con guindas va a resultarme, realmente, un trago exquisito.

—¿No fue de su agrado la cena?

—Mmm… Sí, sí…

—Parece usted distraído, señor Rivelles.

Paco estaba algo distraído, en efecto. Distraído no era la palabra exacta, sino muy atento… Muy atento a la pelirroja, que parecía querer decirle algo solo por señas; unas señas tan poco perceptibles que el español dudó respecto a su existencia. Pero no cabía duda: la pelirroja le estaba haciendo aquellas discretísimas señas que quizá querían darle a entender que…

—¿Distraído, *Madame*? Bueno, quizás un poco. Ocurre que cuando ya he saciado mi apetito me gusta abandonar el comedor… ¿Vamos a tomar el champaña… con guinda? Y se me ocurre que podríamos pasar por alto el té… ¿Qué le parece mi idea?

—No muy buena. Pero como no quiero parecerle demasiado autoritaria, por esta vez haremos lo que usted dice.

—Es usted muy bondadosa, *Madame la duchesse*.

Fueron al bar contiguo al comedor, y que, como todos los puntos públicos del barco, tenía un nombre: Manhattan Bar. Era elegante, sobrio, con luces discretas y al mismo tiempo brillantes. Las mesas eran tan pulidas que parecían espejos.

El camarero se quedó mirando a Paco cuando este pidió dos copas de champaña con su correspondiente guinda.

—¿Con guinda, señor?

—Con una guinda bien roja cada copa —afirmó Annette Simonet, duquesa de Montpelier—. Y, naturalmente, de las gigantes.

—Desde luego, *Madame la duchesse*.

El camarero se alejó, y la duquesa comentó:

—¿No es extraordinario? A nadie he dicho mi nombre, y todo el mundo… incluido el servicio, parece saberlo.

—Seguramente habrán preguntado. O, digamos mejor, que habrán sido informados. En una travesía como esta, y en nuestra clase de lujo, todo debe ser perfecto. ¿Fuma usted, *Madame*?

—Sí… Es decir, no. Fumaba hace algunos años, pero mi salud…

—Entiendo. Voy a parecerle indiscreto y malicioso, *Madame*…, pero juraría que ha hecho usted una conquista.

—¿Cómo? —se sobresaltó la duquesa.

—Una conquista —sonrió el español—. Cuando tenga una oportunidad, mire hacia la barra. Verá allá un caballero de unos sesenta y cinco años, en verdad atractivo y elegante, que ya estaba antes en el comedor. Cuando hemos venido al bar, él ha venido al bar… Y yo diría que no le quita ojo a *Madame la duchesse*.

—No sea ridículo, señor Rivelles.

—¿Ridículo? Es evidente que usted tiene todavía… Sí —frunció el ceño Paco—. Bien mirado, *Madame*, usted tiene todavía un… cierto encanto extraño… Y lo extraño es que yo, que entiendo de mujeres tanto como de aceitunas sevillanas, no lo haya notado antes. Con su permiso, le diré que quizá la sonrisa le sienta muy bien, *Madame*. Es como —Paco parpadeó, confuso—… Es como si usted rejuveneciese, *Madame*.

—Entonces, tendré que sonreír en todo momento —casi rio la dama—. ¿Quién es el caballero que se interesa por mí? Deme más señas, por favor.

—Es más bien alto, delgado, muy elegante… Esmoquin blanco… Una sortija con una gran piedra que parece jade, en el meñique de la mano izquierda. Y barbita. Una interesante barbita ya gris, muy bien cuidada. Yo diría que su porte es aristocrático.

—¿Como el suyo, señor Rivelles?

—¿El mío? Imaginaciones de *Madame*, sin duda.

—No, no… Usted es más de lo que se esfuerza en aparentar. Es un caballero completo, señor Rivelles, estoy segura. Los de mi clase sabemos distinguir esas cosas… ¿Qué título tiene usted en España?

—Pues —Paco sonrió como divertido—… Bueno, *Madame*, le aseguro que soy solamente un joven aventurero simpático y con bastante experiencia encima. Pero menos que su admirador.

—¿Marqués, quizá? —musitó la duquesa—. ¿O conde…?

—Por favor, *Madame la duchesse*… Usted me está halagando. En mi país soy lo que todavía se llama un juerguista, un calavera… Y casi diría que un vago.

—Usted dirá lo que quiera, pero yo sé distinguir.

—Es solo que *Madame la duchesse* se siente ahora amable conmigo.

—Ya puede dejar de llamarme *Madame la duchesse*. Le ruego que me llame simplemente Annette…, Paco.

El español se quedó mirando aquellos azules ojos que brillaban dulcemente tras los cristales de los lentes.

—Empiezo a sospechar que esta travesía va a depararme amistades muy importantes… Oh, aquí tenemos el champaña con guinda.

El camarero sirvió las dos copas, y dejó en la mesita el cubo con hielo que contenía la botella, y, junto al cubo, un pequeño recipiente de cristal conteniendo más guindas.

Annette tomó la primera copa y se quedó mirando al español, que sonrió un tanto irónicamente, alzando la suya.

—*Vive la France!* —brindó.

—Viva España —musitó la duquesa, en español.

Paco estaba bebiendo su champaña con guinda cuando vio en la puerta del comedor a la pelirroja, que, ahora sin duda de ninguna clase, le hizo una seña, desapareciendo inmediatamente. El español bajó su copa, y se quedó mirando la guinda, en el fondo.

—Delicioso champaña —comentó.

—Lo encargué antes —rio la duquesa—. Estaba segura de que vendríamos aquí, y ordené que tuviesen bien fría una botella de este exquisito champaña… ¿Conoce la marca?

—Desde luego. ¿Quién no ha oído hablar del Perignon 55? ¿Hay que comerse la guinda, o solo está de adorno?

—¡Hay que comérsela! —rio la duquesa—. ¿Sabe que cada segundo que pasa me resulta usted más agradable, Paco?

—Me voy dando cuenta. —Paco se comió la guinda, y puso cara de quedar agradablemente sorprendido—. Exquisita combinación, Annette. No la olvidaré. Y ahora, si me lo permite…

—¿Otra vez quiere irse de mi lado?

—No es eso… Temo que me siento algo indispuesto: la sopa de pescado hervido es demasiado fuerte para mi estómago. ¿Nos veremos mañana, Annette?

—Pero no puede dejarme aquí sola… Ya vuelve a ser descortés, Paco.

—De grandes cenas, sepulturas llenas —sentenció el español—. Y mi cena ha sido de lo más indigesta. En cuanto a su soledad, Annette, puede estar segura de que no durará mucho. Hasta mañana.

En verdad, el comportamiento de Paco fue descortés, pero los

negocios son los negocios. De modo que se marchó, en busca de la pelirroja. Estaba seguro de que ella tenía algo muy interesante que decirle.

Por su parte, la duquesa de Montpelier quedó sola en la mesita, como desconcertada… Mas, ciertamente, Paco había tenido razón. Su soledad apenas duró medio minuto… Justo el tiempo que tardó el caballero de la barbita en acercarse a ella, casi tímidamente.

—*Madame*…

—¿Qué desea?

—Ante todo, permítame presentarme. Roland Mercier, francés… Con lo cual parece que ya tenemos el primer punto en común.

—¿Y…?

—He pensado que… Bien, lo cierto es que estaba deseando que ese apuesto joven desapareciera. Casi ningún joven conoce el arte de la conversación amable ante una botella de buen champaña.

—¿Y usted conoce ese arte?

—Creo que sí, *Madame*.

Annette Simonet estuvo unos segundos estudiando aquel agradable rostro varonil, magnífico con su barba gris. Por fin, sonrió lentamente y alzó una mano, ofreciéndola al beso.

—Annette Simonet —dijo—. Duquesa de Montpelier.

* * *

Ya en el paseo de cubierta, Paco Rivelles miró a todos lados, buscando a la pelirroja. Pero ella no estaba allí. Calculando la posibilidad de que estuviese más o menos escondida, se dio una vuelta por la cubierta, pero tampoco consiguió verla. Y teniendo en cuenta que ella le había hecho la seña de llamada, era poco probable que se estuviese escondiendo de él. De modo que, definitivamente, pese a sus señas, la pelirroja no estaba esperándole.

Fruncido el ceño, Paco decidió regresar a su camarote, y como buena idea, tuvo la de pedir algo para cenar allí mismo, porque, realmente, lo ingerido en compañía de la duquesa ni había sido cena ni había sido nada.

Así que fue a su camarote.

Entró, cerró la puerta y dio la luz… Cierto: demasiadas mujeres.

Allá estaba la pelirroja, sentada en el sofá, mirándolo amablemente, con una sonrisa de… complicidad. Eso era exactamente: de complicidad. Muy bella, elegante, mostrando sus piernas blanquísimas y perfectas…

—Hola, señor Rivelles.

—Hola, pelirroja.

—Mi nombre en este barco es Helen Sterling.

—Pues hola, Elenita. ¿Cómo va la vida? —Paco se sentó en el sofá, mirando las estupendas piernas, y sacó los cigarrillos—. ¿Fumamos los dos, o yo solo?

—Será mejor que fume usted solo. No quisiera dejar ninguna huella de mi paso por su camarote.

—¿Ni siquiera un zapatito?

—Ni siquiera eso.

—Vaya, es una lástima… Estoy sorprendido, pero supongo que tengo que aceptar los hechos. Usted, que parece una inocente niña maravillosa, ha entrado en mi camarote utilizando una ganzúa o algo parecido, como una ladronzuela… ¿Exacto?

—Exacto —sonrió Helen Sterling—. ¿Le parece mal?

—Todo depende. Pero una cosa es cierta: hasta la fecha, quien ha entrado subrepticiamente en busca de amores he sido yo, no las damas que me gustaban. No obstante —sonrió—, siempre he dicho que cualquier nueva experiencia es interesante. ¿Por dónde empezamos? ¿Le parece bien un besito en la oreja… o ataco con más fuerza desde el principio?

—No sea impetuoso, señor Rivelles.

El español se quedó mirando el cigarrillo, lo tiró de pronto al cenicero de latón que había en un rincón y abrazó a la pelirroja, besándola rápidamente en el cuello.

—Llámeme Paco, solamente —musitó—. Me llamo Francisco, es claro, pero cuando me llaman Paco me sugiere más intimidad… ¿No tiene un calor horrible? ¿Lo hacemos en competición?

—Hacemos… ¿qué cosa?

—No sea maliciosa… todavía, Elenita. Ya llamo competición a una especie de carrera para quedar en indumentaria menos calurosa. Por ejemplo: yo me quito la chaqueta del esmoquin, y usted se quita el vestido. Luego, yo me quito el lazo del cuello, y usted se quita algo más… Y así hasta el final.

—¿Y luego?

—Pues… ¿Quién sabe?

La pelirroja sonrió, como si la idea fuese muy de su agrado. Pero solo un segundo. En seguida, su actitud pasó a ser de lo más serio.

—Señor Rivelles, quizás en otra ocasión me decida a hacer esa clase de competencia con usted. Pero en estos momentos todo lo que me interesa es acabar cuanto antes mi trabajo. ¿Tiene usted el microfilme que contiene los planos del centralizador fotográfico?

—Lo tengo.

Helen Sterling se puso en pie, pasó detrás del sofá y cogió un paquete, encima del cual había una pequeña pistola. Se guardó esta en el seno, y tendió el paquete a Paco.

—Cien mil dólares, señor Rivelles. Como ve, la CIA cumple sus compromisos.

—Creí que la CIA quería examinar los planos antes de pagar —musitó el español.

—No importa, en estas circunstancias. Evidentemente, usted no podrá abandonar el barco hasta llegar a Nueva York. Para entonces, los planos habrán sido convenientemente examinados. Y si nos ha engañado… nos sentiremos muy defraudados.

—¿Y…?

—Es mejor que no nos engañe —esquivó la respuesta la pelirroja—. No olvide que usted puede resultarnos interesante para posteriores operaciones en Europa. Y la CIA paga bien a quien bien trabaja… No haga caso de esas personas que aseguran que los espías están mal pagados. Cuando dicen eso, se refieren a los malos espías.

—Comprendo. ¿Puedo examinar el dinero?

—Desde luego. Y contarlo, si quiere.

—Los caballeros nunca contamos el dinero —protestó Paco; y sonrió de pronto—. Pero nos aseguramos de que, al menos, es dinero del bueno. Con su permiso…

Examinó rápidamente los fajos de billetes de cien dólares, ninguno de los cuales era nuevo. Todos usados, de numeraciones absolutamente diferentes.

—¿Está bien? —musitó la Sterling.

—Está perfecto —musitó Paco—. Seis millones de pesetas, aproximadamente. Mi hermano Juan se pondrá muy contento. Él

siempre dice que el hombre tiene que trabajar, pero recibiendo a cambio una justa recompensa. Claro que en eso de trabajar no estoy muy de acuerdo con él, pero cuando…

—Charlaremos en otra ocasión, señor Rivelles. Ahora, si no tiene inconveniente, entrégueme el microfilme, para que el experto de la CIA que viaja en este barco pueda examinar los planos.

—Me parece bien.

Paco abrió su maleta, tras sacarla del armario empotrado del camarote y colocarla sobre la litera. Sacó algunas prendas que todavía quedaban dentro, alzó el doble fondo y metió la mano en un ángulo, hurgando con un dedo. Tardó apenas quince segundos en sacar la mano, con una pequeña cápsula de plástico en ella.

Hizo saltar la cápsula, mirando amablemente a la pelirroja.

—¿No es asombroso? Ni siquiera tiene el tamaño de la más pequeña aceituna y, en cambio, vale seis millones de pesetas. Es decepcionante, créame.

Helen Sterling se puso en pie, se hizo cargo de la diminuta cápsula y la apretó con fuerza en su mano. Parecía emocionada.

—Está bien claro, señor Rivelles, que una vez comprobada la bondad de este invento usted tendrá que proporcionarnos los planos originales, y vendernos la patente.

—Se lo diré a mi hermano Juan. De todos modos, Elenita, es tiempo perdido. Este invento está destinado a los satélites espaciales de investigación, de tal modo que si los rusos, por ejemplo, llegasen a descubrir algo parecido o idéntico, no creo que respetasen patentes de ninguna clase.

—Tiene razón… ¿Cuál es la utilidad exacta que dice usted que tiene este invento?

—Lo dice mi hermano Juan, allá en Sevilla. Usted ya sabe cómo funcionan las cámaras fotográficas de los satélites espaciales: envían las fotografías por medio de… Bueno, digamos, si no entendí mal lo que me explicó Juanito, que las cámaras de los satélites envían las fotos con determinada onda, igual que las de radio. Eso significa que para que alguien que no sea Estados Unidos recoja las fotografías de sus satélites, precisa encontrar antes esa onda fotográfica, lo cual es no poco complicado y laborioso… Pero, pese a lo complicado y laborioso, se ha conseguido. Todos sabemos muy bien que los países que tienen satélites en el espacio tienen, además,

unos aparatos para… robar las fotografías que envíen los demás satélites de otros países… ¿No es cierto?

—Desde luego.

—Muy bien. Pues con el invento de mi hermano Juan, nadie podrá robar las fotografías que envíen los satélites de Estados Unidos. Es un centralizador fotográfico, o sea que… Bueno, ya lo dice la palabra, ¿no le parece? Las ondas fotográficas serán enviadas de tal modo que jamás podrán ser captadas por otro aparato que no esté conectado de origen a la misma frecuencia que el centralizador fotográfico. ¿Lo entiende?

—Claro que sí. Es un magnífico invento. De este modo, si los americanos enviamos un satélite cuyo sistema fotográfico lleva el centralizador, jamás nadie podrá conseguir las fotos que ese satélite envíe.

—Exacto y preciso, Elenita.

—Un gran invento… ¿Por qué no lo ha reservado para su país, señor Rivelles?

—¿Para España? Bueno… Digamos que todavía tardaremos un poco en estar en condiciones tan óptimas como ustedes para obtener frutos del centralizador… Y para entonces quizá Juan haya descubierto algo mejor.

—Eso quiere decir que si España llega a poder lanzar satélites de investigación tan potentes como los nuestros, usted facilitará a su país el centralizador, señor Rivelles.

—¿Qué otra cosa esperaba? —rio Paco.

—Entonces… usted vende por cien mil dólares lo que más adelante volverá a vender.

—Se equivoca. A mi patria se lo regalaré. Pero no se preocupe, ya que eso no perjudicará en nada a USA, puesto que tendrán su propio centralizador, de modo que ni siquiera los españoles podríamos tomar robadas sus fotografías… Ni ustedes las nuestras, claro. En cambio, a los demás países, siempre se les podrá robar sus fotos.

—Bien… El trato ya está hecho, señor Rivelles.

—Eso digo yo. Y ahora que hemos solucionado esa tontería, hablemos de cosas serias. ¿Pedimos una buena cena con champaña con guindas?

La pelirroja palideció intensamente.

—¿Champaña… con guindas, ha… ha dicho?

—Pues sí… ¿No le gusta? A mí también me sorprendió, pero le aseguro que se puede beber…

—¿De dónde ha sacado esa… receta? ¿Quién en este barco ha bebido champaña con guinda?

—La vieja duquesa de Montpelier. ¿Por qué?

—Me está mintiendo, señor Rivelles. Si esa mujer ha pedido champaña con guindas, usted no está diciéndome la verdad respecto al centralizador fotográfico. ¿Qué instrucciones le ha dado Baby?

—¿Cómo dice? ¿Qué…? ¡Oiga, espere, que tenemos que…!

Pero Helen Sterling había salido ya a toda prisa del camarote, llevándose la cápsula de plástico y dejando en poder de Paco Rivelles la bonita suma de seis millones de pesetas, esto es, cien mil dólares.

Durante unos segundos, el español estuvo en verdad perplejo. Pero, finalmente, volvió a coger los billetes, los hizo pasar alegremente entre sus dedos y sonrió. Se acercó al cuadro impresionista y comprobó, sin tocarlo para nada, que el microfilme continuaba allí.

—Tengo muchas capsulitas de plástico para vender —sonrió el español—. Pero tú, quietecito ahí, hasta que venga el verdadero enviado de la CIA. Aunque maldito si sabré cómo distinguirlo de los otros. Apuesto algo a que Elenita pertenece al muy astuto servicio secreto británico, o sea, el MI5. A ver cuántos más vienen a comprarme el microfilme por cien mil dólares, con lo cual haría el negocio padre. Mientras tanto, aquí tengo los primeros cien mil dólares… Que siga la racha, Paco.

Capítulo V

Helen Sterling entró precipitadamente en su camarote, y se dirigió directamente al armario. Sacó la maleta, extrajo de ella un secador de cabellos de tamaño pequeño y lo abrió. Dentro, quedaron al descubierto dos pequeños discos que sujetaban una delgadísima cinta grabadora. Apretó un pequeño botón blanco, pero volvió a apretarlo inmediatamente, y la cinta dejó de pasar de un disco a otro. Estuvo pensativa unos segundos, y al fin partió la pequeña cápsula de plástico, de la cual salió un microfilme. Se mordió los labios para no gritar de alegría, sujetó la diminuta tira con dos dedos y la miró al trasluz… Con lo cual se quedó como si no estuviese mirando nada, ya que dada la pequeñez de las fotografías era imposible distinguir nada a simple vista.

Volvió a accionar el mando del pequeño magnetofón camuflado.

—Aquí Helen, a bordo del *Empire*. Conseguido el objetivo, previo pago de los cien mil dólares americanos. Sin embargo, algo no marcha bien a bordo. El señor Rivelles ha comentado casualmente que tomaríamos champaña con guinda en una cena a la que me invitaba. Parece no saber lo que esto significa, pero, evidentemente, ha estado en contacto con la agente Baby, de la CIA. Y, pese a esto, estoy completamente segura de que Paco Rivelles no sabe quién es ella en realidad, ni parece haber recibido instrucciones de nuestra peligrosísima colega americana que, por supuesto, está a bordo, aunque de momento no creo que haya pedido el microfilme al señor Rivelles, ni se haya dado a conocer. Pero, aparte de los desconocidos propósitos de la agente Baby, creo conocer su personalidad, ya que…

La puerta del camarote se abrió de pronto, y Helen Sterling se volvió, sobresaltada, lanzando una exclamación. Movió la mano hacia el escote, pero se detuvo en seco, comprendiendo muy bien que sus tres visitantes no le darían la menor oportunidad de sacar

su pistolita.

Viktor Makarian movió la pistola hacia un rincón del camarote y ordenó secamente:

—Allá.

—Ustedes no tienen derecho a…

—No lo diré otra vez.

Helen se mordió los labios, y fue al rincón señalado por la pistola de Makarian, pero mirando más que a este a sus dos gigantescos y torvos acompañantes, uno de los cuales se acercó, asió rudamente su muñeca y le quitó de entre los dedos el microfilme.

—Ya lo tengo —dijo.

Makarian mostró brevísimamente en sus ojos la crueldad de su decisión. Tan brevísimamente, que Helen Sterling ni siquiera tuvo tiempo de moverse.

Plop.

Una manchita roja apareció en el seno izquierdo de la pelirroja espía del MI5…

Y eso fue todo.

Abiertos los ojos, crispada la boca, pálido bruscamente el rostro, Helen Sterling cayó hacia adelante, silenciosamente, muerta al instante de un balazo en pleno corazón.

Con absoluta indiferencia, Makarian se guardó el microfilme que le tendía su compañero, recogió el secador de cabellos que contenía el magnetófono miniatura, y efectuó un brevísimo registro con la actitud de quien nada interesante espera encontrar.

Y así fue.

Se volvió hacia sus hombres.

—Tiradla al mar. Voy a salir, para vigilar en la cubierta… Cuando golpee en el cristal del ojo de buey, sacadla por ahí. Casi todos están cenando todavía, y, además, hace fresco en la cubierta. Y no quiero fallos.

No hubo fallos. Viktor Makarian estuvo vigilando en la cubierta, golpeó el cristal, y el caliente cadáver de la Sterling salió por el ojo de buey. Fue el propio Makarian quien la asió por los sobacos, y la mantuvo erguida unos segundos, mirando a todos lados. Luego, con absoluta facilidad, la llevó hacia la borda, siempre sosteniéndola en pie. Miró por última vez a ambos lados, la alzó y la dejó caer al mar… Cuando sus dos acompañantes se reunieron con él, Makarian

estaba tranquilamente apoyado en la borda, esperándolos.

—¿Y ahora? —preguntaron.

—Id a matar al español. Puesto que ya tenemos el microfilme, no necesitamos a bordo a un individuo que quizá sea peligroso. Liquidadlo.

—Está bien.

Viktor Makarian esperó a que sus hombres se alejasen. Entonces, decidió ir a su camarote, para examinar detenidamente el microfilme y escuchar la grabación efectuada por Helen Sterling antes de ser asesinada. Llegó a su camarote de primera clase, entró apresuradamente, y tras dar la luz se volvió… No se inmutó lo más mínimo al ver allá al hombre de la barbita aristocrática, Roland Mercier, sentado elegantemente en el sofá-litera, con un cigarrillo apagado entre los labios.

—¿Lo has conseguido, Viktor?

—Así es —sonrió Makarian—. ¿No estabas con una vieja dama?

—Ella no suele trasnochar, de modo que se retiró a su camarote de lujo. Dejémosla dormir —sonrió irónicamente— y veamos ese microfilme… ¿Y el español?

—Folka y Eminov han ido a por él.

—Magnífico.

—Hemos matado a la agente de la CIA. Era la pelirroja. Ya está en el fondo del mar.

—Otra vez magnífico… ¿Qué es eso?

—Normalmente —sonrió con suficiencia Makarian— es un secador de cabello. Pero dentro tiene un pequeño magnetófono. La agente de la CIA estaba grabando algo cuando entramos en su camarote.

—Debisteis esperar que terminase —gruñó Roland Mercier—. De todos modos, oigamos lo que pudo grabar. Y dame el microfilme, mientras tanto.

Makarian le entregó el microfilme a Roland Mercier, que sacó un pequeño visor de aumento y empezó a colocar el microfilme en la pequeña ranura. Cuando empezaba a mirar, Makarian ponía en marcha el pequeño magnetófono de la agente del MI5, y su voz empezó a oírse en el camarote.

Y cuando se oyó por primera vez el nombre de Baby, de la CIA, Makarian se envaró y palideció. Miró a Mercier, que dejó de

examinar el microfilme al tiempo que escuchaba, para dedicar toda su atención a la grabación…

Cuando esta terminó, Roland Mercier se quedó mirando duramente a Viktor Makarian.

—¿Te das cuenta, estúpido? —musitó—. Esa mujer no era la agente de la CIA que tenía que ponerse en contacto con Rivelles.

—Maldita sea… ¿Quién era la pelirroja, entonces?

—Posiblemente, del MI5. Este asunto ha trascendido demasiado en los medios de espionaje. Y apuesto a que hay más espías de diferentes países detrás del microfilme de Trepof.

—Casi seguro… Pero ¡lo tenemos nosotros!

Roland Mercier sacó un lujoso encendedor, lo accionó, y cuando brotó la llamita encendió el cigarrillo que había tenido en los labios en todo momento. Luego, aplicó la misma llamita al microfilme, ante el sobresalto de Makarian, que lanzó un grito contenido de espanto.

—¡Estás quemando el microfilme…!

—Es falso. Viktor, cada vez me convenzo más de que la MVD tendrá que obligar a sus agentes secretos a unos mayores y más rigurosos entrenamientos periódicos… ¿Te das cuenta del gran fallo que has cometido? No tenemos el microfilme, y, al mismo tiempo, Eminov y Folka deben de haber matado ya al español… ¿Cómo encontraremos ahora el verdadero microfilme?

—Maldita sea… ¡Y la CIA ha enviado para esto nada menos que a la agente Baby! Desde luego, soy un completo estúpido… Si la pelirroja hubiese hablado más tiempo, seguramente habría dicho de quién sospechaba que era la agente Baby…

—Champaña con guindas —sonrió fríamente Mercier—. Apuesto a que te llevarías una sorpresa si supieras quién es la agente Baby.

—¿Tú lo sabes? —exclamó Makarian.

—Desde luego. Claro que podría equivocarme, pero… No sé… Lo cierto es que vi el champaña con guindas, pero no sé cuál de los dos lo pidió… De todos modos, podré saberlo preguntando discretamente al camarero…

—¿A quién te estás refiriendo? ¿Quién sospechas que es la agente Baby?

—Quizá… Sí… Todo es posible. Pero ese español es demasiado listo… y ambicioso. Apuesto a que tiene listos para la venta todos

cuantos microfilmes le vayan a comprar. En cierto modo, la cosa no deja de tener su gracia… ¿Qué sabemos concretamente de él?

—Una semana fue poco tiempo para los hombres que enviamos a Sevilla… Las últimas noticias fueron que no sabían nada de un hombre llamado Francisco Rivelles, ni de su hermano Juan… Pero siguen buscando.

—Para entonces el señor Rivelles ya no será un personaje importante. Esperemos a ver qué nos dicen Folka y Eminov antes de pensar cómo actuar alrededor de la agente Baby de la CIA. Desde luego, si todos los espías que hay actualmente a bordo se enteran de que esa espía yanqui está aquí, cundirá la alarma. Dicen que es invencible.

—Tonterías —gruñó despectivamente Viktor Makarian.

Capítulo VI

Paco Rivelles estaba ya decidido a pedir algo suculento para cenar de verdad, de modo que descolgó el teléfono…, y se volvió vivamente hacia la puerta cuando esta se abrió, de pronto. En aquel barco, las cerraduras parecían no tener la menor importancia.

—¿Otra vez ustedes? —se enfurruñó el español.

—Cuelgue el teléfono —dijo Eminov.

—Solo iba a pedir la cena…

—No va a necesitarla. Cuelgue.

Paco lo colgó, de muy mala gana, demostrándolo bien claramente. Se quedó mirando no poco huraño a los dos hombres, y enseguida acabó por sonreír alegremente.

—Les voy a hacer un trato, señores.

—Ya no hay tratos.

—¿No? —alzó las cejas Paco—. ¿Ya no les interesa el microfilme?

—No diga tonterías. El microfilme está ya en nuestro poder. Ahora, salga del camarote… Vamos a dar un paseo por cubierta. La mujer que usted conoció como la francesa Antoinette nos pidió que por poco que pudiésemos le diésemos un buen baño.

—Demasiadas mujeres… —suspiró el español—. ¡Y son tan rencorosas…! ¿De verdad no les interesa un buen trato?

—Déjalo hablar —dijo Folka—. ¿Qué trato es ese?

—Yo no uso armas, de modo que ustedes me llevan una clara ventaja. Entonces, convendría que niveládsemos un poco las fuerzas. Guarden sus armas, peleemos un poco con las manos limpias, y si me vencen, les entrego el microfilme. Si los venzo yo, habré tenido el gran placer de atizarles una fenomenal paliza.

—Usted es un gracioso sin gracia, Rivelles. En primer lugar, no pensamos guardar las armas. En segundo lugar, si peleamos contra usted, lo vamos a hacer pedazos…

—¿Por qué no prueban?

—Y, en tercer lugar, ya tenemos el microfilme. Se lo hemos quitado a la agente de la CIA, a la pelirroja que lo recibió de manos de usted no hace mucho, en este mismo camarote.

—¿Se lo han quitado? ¡Pobre Elenita…!

—Laméntese por usted, Rivelles. Ella ya no sufrirá más. Paco se pasó la lengua por los labios.

—¿La han matado? —musitó.

—Pregúnteselo a los peces cuando también usted vaya al fondo del mar.

Los negrísimos ojos del español quedaron fijos en Eminov; luego, en Folka. En aquel momento parecían dos carbones encendidos, al rojo completo.

—El microfilme que le di a Elenita era falso. También ella era falsa… No pertenecía a la CIA, sino, según parece, al MI5. ¿Alguien les dijo alguna vez que además de asesinos son unos cretinos?

Los dos ceños se fruncieron. Eminov movió la pistola hacia él.

—Mira si lleva armas —gruñó. Folka se acercó, refunfuñando.

—Antes no llevaba… ¿Por qué ha de llevar ahora? Además, le estamos alargando demasiado la vida.

—Es mejor sacarlo vivo a cubierta. No hay que abusar de la suerte… Lo sacamos a cubierta vivo, le metemos unas balas en la barriga, y lo tiramos por la borda… Regístralo.

Folka se resignó a registrar al español… Pero mejor le habría ido discutiendo un poco más la orden de su compañero, porque aquella vez Paco Rivelles estaba realmente furioso, por el asesinato de la bella pelirroja… ¿Acaso para ser espías es necesario ser asesinos?

Sí… Mejor le habría ido a Folka resistiéndose más a la orden de Eminov. Pero como no lo hizo, adelantó una mano hacia el español, dispuesto a registrarlo.

Mal hecho.

Paco Rivelles le cogió aquella mano con las dos suyas, y antes de que Folka, ni tan siquiera Eminov pudieran prever nada, ya la había doblado, de modo que Folka tuvo que caer de rodillas ante Paco, que le hizo tragar tres dientes de un tremendo punterazo en plena boca, sin soltar su mano, con lo que Folka ni siquiera tuvo el consuelo de rodar por el suelo. Tampoco conservó la serenidad y lucidez suficiente para disparar su pistola, que fue arrancada de su

otra mano por un nuevo puntapié del español…

Plop… Plop…

Eminov disparó dos veces, pero demasiado nervioso, demasiado precipitado. O quizás era que el español era excesivamente rápido para él. Lo cierto fue que mientras las dos balas se clavaban en el respaldo del sofá, las manos de Paco Rivelles estaban ya a pocas pulgadas de la cintura del gigantesco Eminov, que quiso bajar la pistola, corrigiendo así la línea de tiro…

Decididamente, Paco era excesivamente rápido para él.

Eminov notó de pronto aquella tremenda presión en la cintura, a la altura de los riñones. Fue como si un cepo de acero lo hubiese estrujado de pronto, dispuesto a partirlo en dos. Soltó la pistola, bajó las manos hacia la cintura, desesperado…, y casi gritó de alegría cuando la presión cedió allí, permitiéndole respirar, volver a la vida… Como contrapeso, y puesto que no hay dicha completa, recibió un golpe en plena nariz, con el canto de la mano. Un golpe tal que la nariz de Eminov poco menos que desapareció, aplastada, incrustada en el rostro, tras soltar un violento chorro de sangre que se esparció por todo el camarote.

Se volvió hacia Folka, que tras recuperar la pistola estaba de rodillas, apuntándole, llena la boca de sangre, relucientes los ojos de una rabia satánica…

Justo cuando Folka iba a disparar, justo cuando Paco comprendió que debía despedirse de la vida, se oyó en el camarote un apagado «Plofff».

Y eso fue todo.

* * *

Lo primero que vio Paco al abrir los ojos fue aquellos dos enormes ojos azules, divinos como nada en el mundo, sonrientes, dulces y al mismo tiempo chispeantes de burla.

—¿Cómo van las cosas, Paco?

—¡La dama de negro…!

Intentó incorporarse, pero una diminuta pistolita, de cachas de madreperla que se veía a un lado de la pequeña manita enguantada en negro, se apoyó en la punta de su nariz, impidiéndoselo, mientras una luminosa sonrisa aparecía en los angelicales labios de

la dama de negro.

—Quieto, por favor. Yo soy quien dice ahora lo que todos tenemos que hacer.

Paco comprendió que aquello era cierto. Y a falta de mejor cosa que hacer, se dedicó a mirar aquel rostro con antifaz ante los ojos… La misma mujer, el mismo atuendo de malla negra con casquete para la cabeza…

—¿Quién es usted?

—La agente de la CIA que está esperando.

—¿Sí? Pues mucho gusto, señora.

—Señorita —corrigió la dama de negro—. Y eso que he conocido hombres incluso tan… virilmente impresionantes como usted.

—Ya será menos —sonrió Paco.

—Le aseguro que sí… Si quiere, puede sentarse en el sofá.

—Muy amable de su parte.

Se puso en pie y fue hacia el sofá, mirando con indiferencia a Eminov y Folka, que yacían inmóviles en el suelo. Se quedó mirando los dos agujeros producidos en el respaldo del sofá por las balas disparadas por Eminov, y movió la cabeza pesarosamente antes de sentarse.

—Y todo manchado de sangre —comentó—. Me pregunto qué explicación podré dar al capitán del barco por esta suciedad y deterioros.

—Limpie la sangre y olvide los agujeros del sofá —sugirió la dama de negro—. Así, nadie se enterará de nada.

—No está mal pensado. ¿Y qué hago con ese par de asesinos?

—Pues no sé… ¿Se le ocurre algo?

Paco se quedó mirando una vez más aquel escultural cuerpo, el más perfecto que había tenido jamás ante sus ojos.

—Lo que se me está ocurriendo no se relaciona en absoluto con los dos asesinos. Pensaré algo sobre ellos más tarde.

—A su gusto. ¿En qué está pensando ahora?

—¿Lo digo? —sonrió el español.

—Mejor que no —rio la dama de negro—. Con un poco de imaginación por mi parte, es suficiente. Bien, señor Rivelles…

—Antes me llamó Paco —protestó este.

—Pues bien, Paco —sonrió ella—, usted es un granuja.

—¿Por qué? Cuando se ve una señora como usted, es lógico que un hombre piense…

—No me refiero a eso. Usted es un granuja, digo, porque está dispuesto a sacar el máximo provecho de esta situación.

—Como cualquier persona normal. Y, oiga, encanto, ¿quién es usted, de una vez? ¿Cómo ha arreglado una situación que yo veía muy negra?

—Disparé una ampollita de gas fulminante por la cerradura. Me parece que llegué muy a tiempo, ¿no?

—Regular. ¿Es usted de la CIA, del MI5, de…?

—Soy de la CIA, ya se lo he dicho.

—Ajá. Y, claro, querrá el microfilme.

—No, no… Ya lo tengo. Ahora, se trata de concretar si usted quiere o no quiere aceptar trabajar para la CIA, igual que yo.

—¿Tiene el microfilme? —sonrió Paco.

—En efecto.

—Bueno… Entonces creo que debería entregarme cien mil dólares, ¿no es así?

—Los tendrá a su debido tiempo, cuando la persona que está examinando el microfilme dé su conformidad al contenido. Hasta entonces, ni un centavo. Ni un real, como dicen ustedes los españoles.

—*Okay* —sonrió Paco.

—Usted —sonrió también la dama de negro— es un aventurero nato. Paco. Igual que yo. Sé distinguir a las personas. Lo he estado estudiando durante tres días, en París…

—¡No me diga! ¿Y a qué me he dedicado? ¡Hay tantas bellas mujeres en París…!

—Usted es más inteligente que todo eso. Desde luego, le vi divertirse a su modo por las noches, pero durante el día se dedicó a… actividades culturales: visita al Louvre, a Notre Dame, la Tumba del Soldado Desconocido, varios museos más… Su aire cínico ya no puede engañarme a mí, señor Rivelles. Y tampoco sus otras mentiras. La MVD está buscando por Sevilla a una familia Rivelles, cuando realmente, deberían buscar la hacienda… o cortijo, si lo prefiere, de los señores marqueses de Campo Bravo. Actualmente, la familia consta de un solo representante: Francisco Rivelles Montes, marqués de Campo Bravo. Es decir, usted. ¿Me he equivocado en

algo?

—No.

—En su hacienda hay olivares… y toros bravos. Una hermosa ganadería, famosa en las plazas de toros de España, e incluso fuera de ella. Y con todo esto en su mano, el señor marqués de Campo Bravo se va por esos mundos, con un balandro, una sonrisa, desarmado… y se mete a espía. ¿Por qué?

—Me aburría.

—Es un buen motivo.

—Pero no me he metido precisamente a espía, sino que las cosas han ido así. Lo mismo me da el espionaje que otra cosa cualquiera…

—Desde luego. Ya le he dicho que lo considero el aventurero nato. Y por eso le propongo: ¿quiere trabajar para la CIA?

—¿Usted tiene facultades para admitirme o rechazarme?

—Desde luego. Mi voz se escucha muy atentamente en la CIA hace ya mucho tiempo. Lo que yo diga, se hará, no importa cuán importante sea. ¿Acepta?

—No.

—Puede pensarlo, Paco.

—Está pensado, señorita. Paco Rivelles no trabaja para nadie. El mundo es grande, el horizonte sin límites. Jamás aceptaré trabajar en nada donde reciba instrucciones. Jamás.

—Respeto su decisión. Y ahora, puesto que sabemos que usted no tiene ningún hermano que haya inventado nada, dígame de dónde sacó el microfilme que contiene los planos del centralizador fotográfico.

—Fue casualidad.

—¿Qué clase de casualidad?

—No quiero decirlo.

La dama de negro pareció impacientarse, pero solo un instante. Volvió a sonreír.

—Sé que su carácter es demasiado firme para insistir. Ahora dígame otra cosa: ¿por qué un millonario en pesetas, en tierras, en ganaderías, se juega la vida por cien mil dólares, y está dispuesto a engañar a quien sea para conseguir más?

—Porque me divierte.

—¿Solo eso?

—Solo eso. Además, el dinero nunca sobra.

—¿En qué lo emplea?

—En producir más dinero.

Una dulce sonrisa apareció en los labios de la dama de negro.

—¿Ha oído hablar de la llamada «Fundación Antipoliomielitis», Paco?

—No —replicó secamente el español.

—¿No? Pues está muy cerca de Sevilla, en un hermoso llano, con chumberas de flores rojas y amarillas, granados, olivos, palmeras, acequias con juegos de agua y surtidores… Trescientos catorce niños españoles están siendo atendidos allí por unos religiosos. ¿Lo recuerda ahora?

—No —gruñó Rivelles.

—Pues su memoria es pésima, porque todo ese conjunto benéfico se sostiene gracias a la generosidad de un solo donante, y creador de la Fundación… Ese donante es el marqués de Campo Bravo. ¿Me he equivocado en algo, señor Rivelles?

—Oiga, yo no entré en tratos con la CIA para contarles mi vida. Convénzame de que usted es la persona que estoy esperando, le entrego el microfilme, me da mis cien mil dólares, y buenas noches. ¿*Okay*?

—No *okay* —sonrió la dama de negro—. Primero, porque ya le he dicho que tengo el microfilme, y lo están examinando. Segundo, porque quiero seguir este juego hasta el final.

—¿Qué final?

—Puesto que usted no quiere decírmelo, me enteraré de la procedencia del microfilme, o sea, del invento. Asimismo, quiero saber qué juego o parte en el juego tienen la MVD, el Deuxième Bureau, el MI5… Son cosas que yo no puedo dejar que se deslicen sin mi intervención, Paco. No sería propio de mí.

—¿Y usted… quién es? ¿La he visto antes, en algún sitio…?

—¿Usted qué cree? —rio la dama de negro.

—Mi memoria dice que no… Jamás olvidaría una mujer con su figura, su voz, su boca, esos ojos… Pero sé que la he visto antes… ¿Dónde y cuándo?

—Siga pensando. Quizá me localice, al fin. Mientras tanto, creo que debo decirle «hasta la vista».

—¿Y mi dinero?

—Tenga paciencia.

—Y otra cosa: tendrá que demostrarme que usted es la enviada por la CIA.

—Se lo demostraré… cuando sea el momento. Adiós… Y tenga cuidado: los dos asesinos ya están despertando. Habría sido mejor matarlos, pero si hubiese lanzado gas mortal también usted habría muerto…

—¿Eso le causaba pena? —sonrió Paco.

Los ojos azules brillaron intensamente un instante. Luego, la dama de negro encogió los perfectos hombros, fue a la puerta, la abrió y salió al pasillo… Cuando Paco Rivelles se asomó, el pasillo estaba desierto.

—A ver si es una bruja que vuela sin escoba…

Cerró la puerta y se quedó mirando a Folka y Eminov, que ya se agitaban cada vez más recuperados de los efectos del gas. Recogió las pistolas de ambos, se sentó en el sofá y encendió un cigarrillo. Cuando los dos estuvieron en condiciones de entenderle perfectamente, señaló hacia el pequeño cuarto de baño.

—Entren ahí, caballeros, cojan las toallas del baño y dedíquense a limpiarme el camarote. Y bien limpio. No quiero que quede ni una sola gota de sangre. Y si se les ocurre que mi aversión a las armas significa que no sé usarlas, pues… Ustedes tienen la palabra.

El camarote quedó bien limpio, y sin incidentes. Luego, Paco les obligó a guardar las toallas bajo sus chaquetas, disimulando el bulto. Por fin, señaló hacia la puerta.

—Ahora, iremos a dar ese paseo por cubierta del que hablábamos antes. Y observen, señores, que llevo una pistola en el bolsillo del pantalón, y otra en el de la chaqueta. A estilo gánster… Puede que tenga que comprarme otro esmoquin, pero, como ustedes decían antes, no creo que puedan comprarse vidas.

Salieron los tres del camarote. Paco detrás de los rusos, pensando en la broma que le había gastado la dama de negro. Una broma tonta…

¿Por qué le había dicho que ya tenía el microfilme, si el microfilme continuaba en la hendidura del cuadro, donde él lo había dejado apenas subir a bordo? Desde luego, aquella mujer había puesto al descubierto su vida en menos de tres minutos, pero… ¿acaso significaba eso que tenía que confiar en ella? ¿Cómo

saber que era la auténtica enviada por la CIA?

Bien. Solo tenía que seguir jugando a espías. En un momento u otro, todo se sabría, se acabaría el juego.

Llegaron junto a la borda, y Folka y Eminov se volvieron hacia él, interrogantes.

—No hay dudas, señores: tienen que saltar.

—¿Saltar al océano…?

—Pues sí. Está claro que ustedes pueden negarse a ello… Son no menos de… ocho o diez metros de altura, pero estoy seguro de que son unos perfectos saltadores de palanca de piscina. De modo que elijan: o saltan a las buenas, o saltan a las malas. Y solamente tienen tres segundos para tomar esa decisión. De modo que…

Eminov y Folka comprendieron que el español los iba a matar si no saltaban al agua. Estuvieron tan seguros de ello viendo aquellos negros ojos, como carbones encendidos en aquel momento, que no vacilaron. Saltaron al agua, y junto al barco, apoyado en la borda, Paco Rivelles vio las manchitas de espuma.

Luego, tiró las dos pistolas, sonrió, y tuvo uno de sus rasgos de humor, mientras regresaba a su camarote:

—¡Hombre al agua…! —gritó.

Capítulo VII

—Horrible… ¡Francamente horrible!

Paco Rivelles alzó la vista, resignado, dejando de leer la revista *Playboy*, que había pedido prestada a uno de los alegres muchachos que hacían la travesía en el *Empire*.

Hasta aquel momento, y ya casi las once de la mañana, había estado cómodamente tumbado en una extensible, junto a la piscina reservada en la cubierta principal a la clase de lujo. Un ambiente muy agradable, ciertamente: bellas muchachas en bikini, señoras tomando el sol, caballeros discutiendo sosegadamente de negocios o de otras tonterías… Había parasoles con topitos de colores, mesitas con bebidas refrescantes, incluso algunos tiestos con plantas… Por encima de todo ello, un cielo diáfanamente azul, y alrededor, el Atlántico, no menos azul, con diminutas crestas blancas… Buen tiempo y un hermoso sol, que Paco aprovechaba en *slip*, como si tuviese la infundada esperanza de que su cuerpo pudiese adquirir un tinte todavía más bronceado que el actual.

Pero toda aquella calma, aquella belleza, aquella paz silenciosa, se truncó cuando Annette Simonet, duquesa de Montpelier, se dejó caer junto a él, en otra extensible, suspirando al encontrarse bajo la sombra del parasol de colores.

—¡Qué horrible, por Dios! —exclamó.

—¿Qué es lo horrible, Annette? —suspiró el español.

—Lo de anoche… ¿Acaso no se enteró?

—¿A qué hora sucedió esa cosa tan horrible?

—Oh… Hacia las diez y media, me parece…

Paco miró los pies de la dama, que, naturalmente, llevaba zapatones negros y medias negras… Todo era negro en ella… Por un instante, una viva luz de sorpresa apareció en los ojos de Paco. Pero, inmediatamente, aquella luz se apagó. Imposible… ¿Cómo se le había podido ocurrir semejante tontería…?

—Hacia las diez y media, Annette, yo estaba durmiendo apaciblemente en mi camarote… Tenía que hacerlo, después de la suculenta cena que usted encargó para los dos.

—Entonces ¿no se enterado?

—Si me dice de qué está hablando, podré contestarle… ¿A qué se refiere?

—¡Cayeron dos hombres al mar!

—Ah… ¿Y se ahogaron?

—¡Naturalmente que sí! ¡Pobre gente!

—En verdad que es lamentable —admitió Paco.

—Hubo alguien que dio la voz de alarma… Se oyó el grito de un hombre, diciendo «¡hombre al agua!»… Pero cuando se tomaron las medidas oportunas ya no se podía hacer nada.

Paco echó un vistazo al picantísimo chiste de la revista, y, quizás influenciado por él; comentó distraído:

—Si nada se podía hacer ya cuando se tomaron las medidas oportunas, imagino que esas medidas no fueron tan oportunas, Annette… ¿Se sabe algo de esos dos hombres?

—Sus nombres. El capitán efectuó un censo de los pasajeros, y llegó a la conclusión de que faltaban dos de la clase primera…

—¿Y cuáles eran sus nombres?

—Fedor Eminov y Yuri Folka.

—Parecen nombres rusos, ¿verdad?

—Oh, sí… ¡Tendría que haber visto el revuelo que se armó…! ¿Cómo es posible que pudiera dormir con aquel escándalo, Paco?

—Soy un poco duro de oído. ¿Cómo terminó la cosa?

—Abandonaron la búsqueda hacia las dos de la mañana… ¿Ni siquiera se ha enterado de que el barco permaneció parado durante tres horas y media, que se arriaron botes de salvamento…?

—Mi sueño es siempre profundo como el de un muerto. Quizá por eso me despierto siempre tan vivo.

—Le envidio… ¿Qué está leyendo?

—Una revista.

—¿De cine?

—Pues… no precisamente.

—A ver…

—La suplico que no mire, porque…

Pero la duquesa ya había mirado, y lanzó un gritito que obligó a

los demás pasajeros a mirarla casi sobresaltados.

—¡Oh! —exclamó.

—Ya le dije que no mirase. Es una revista solo para hombres… O para damitas que no se asusten por dibujo más o dibujo menos.

—Pe-pero yo… yo he visto ahí unos dibujos de… de mujeres desnudas…

—Es como mejor están… Ejem… Quiero decir que a veces las mujeres también se… Bueno, lo que realmente quiero decir es que esta revista… No. Lo que sí quiero decir definitivamente es que… que…

—¿Qué?

—No sé.

—Usted no debería leer esas cosas, Paco.

—No las leo: las miro.

—¿Y qué gana con ello?

Paco alzó las cejas, echó un vistazo al dibujo creación de un experto dibujante conocedor de la anatomía femenina, y luego a una fotografía que había junto al dibujo. Miró de reojo a la duquesa, se rascó la coronilla, y dijo:

—Como ganar, no gano nada, ciertamente. Es solo una compensación por otras cosas que me veo obligado a mirar… ¿No ha traído traje de baño, Annette?

—¡Qué dice usted…!

—Una tontería —torció el gesto el español—. Pero como la he visto en la zona de la piscina, me pareció que quizá querría tomar un baño. Y si no ha venido a bañarse, yo me pregunto: ¿a qué ha…?

—He venido a verlo a usted.

—Resignación, Paco.

—¿Cómo dice?

—Nada, nada… ¿Tiene algo que decirme, quizá?

—Pensé que quizás estaría nuevamente encantado de estar conmigo… Estas jovencitas no suelen tener una conversación agradable, ¿no le parece?

Paco echó un rápido vistazo a las jovencitas en bikini.

—Bueno, ellas no necesitan tener conversación de ninguna clase.

—No sé si le entiendo, Paco. Pero vayamos al grano… ¿No se sentirá satisfecho de almorzar conmigo?

—¡No! —aulló el español.

—¿Cómo? —se estremeció la duquesa.

—He… he querido decir que no… que no podía esperar merecer ese honor, Annette. Sin embargo, temo que no podrá ser.

—¿Por qué?

—Porque… porque… ¡porque nunca almuerzo! Estoy a régimen. Sí, eso es… Nunca almuerzo porque estoy a régimen de poca comida y ligerita… ¿De veras no le apetece un baño, Annette?

—¡Claro que no!

—Pues a mí, sí. Con su permiso…

Se puso en pie, sin dar tiempo a la duquesa para reaccionar. Y cuando la dama empezaba a abrir la boca, Paco se lanzaba de cabeza a las transparentes aguas de la piscina. Cuando emergió tras la zambullida, vio a la duquesa empezando a interesarse discretamente por la revista. Pero, ciertamente, a él eso no le interesaba en lo más mínimo.

En cambio, sí le interesaba la rubia en bikini que se había lanzado al agua pocos segundos antes, tras mirarlo significativamente. Por supuesto, era la rubia de ojos verdes que la tarde anterior, poco después de abordar el *Empire*, había aparecido en el bar, y que se había dedicado a sonreírle.

—Hermoso día —comentó Paco, con el agua al cuello.

—Muy hermoso, señor Rivelles.

—¿Me conoce, señorita…?

—Michéle Lombart, del Deuxième Bureau francés. Esto es, una agente secreto, señor Rivelles.

—¿Es la nueva moda de chistes para piscina? —sonrió Paco.

—Es la pura verdad. ¿No le parece que el agua está deliciosamente fresca?

—Y tiene color verde mar —cantó el español, riendo—: Cualquiera diría que estamos en el mismísimo mar. Dígame una cosa, señorita Lombart: ¿a qué se dedican los franceses?

—A muchas cosas. Una de ellas, por ejemplo, a comprar microfilmes… ¿Hasta qué profundidad es usted capaz de bucear, señor Rivelles?

—Mmm… ¿Con tubos de aire o a pulmón libre?

—A pulmón libre.

—Unos… ocho metros. No más, porque si bien mis pulmones lo resistirían perfectamente, mis oídos empiezan a protestar por la

presión del agua en cuanto rebaso esa profundidad… ¿Por qué lo pregunta?

—Nosotros, señor Rivelles, sabemos… Oh, bueno, claro, al decir «nosotros», me refiero al Deuxième Bureau, naturalmente… Nosotros, como le decía, sabemos que hubo algo de jaleo en Niza. Luego, tras unas averiguaciones, empezamos a atar cabos, y supimos algo de cierto español que había conseguido apoderarse de cierto invento de un ruso llamado Zinovi Trepof. Siguiendo la pista de ese español, llegamos a París. Y allá, conocimos al español.

—No me diga que soy yo.

—No lo diré, si usted no quiere —sonrió fríamente la rubia agente del servicio secreto francés—. La verdad es que todo lo que tengo que decir son tres palabras.

—¿De amor?

—De negocios. Son estas, señor Rivelles: quinientos mil dólares.

—Esta es una hermosa conversación, y unas bellísimas palabras las suyas, señorita Lombart. Pero espero que el Deuxième Bureau no habrá pensado pedirme prestados quinientos mil dólares.

—Todo lo contrario: están a su disposición, señor Rivelles.

—¿A mi disposición? ¿Por qué?

—A cambio de un pequeño microfilme.

—Ah. Esto… ¿Ha dicho quinientos mil dólares, *Mademoiselle*?

—Exactamente quinientos mil dólares americanos.

—Pagan ustedes muy bien. ¿Por qué ese interés por un simple microfilme?

—¿Lo tiene usted, señor Rivelles?

—Debo admitir honestamente que sí, que lo tengo.

—Entonces, se lo explicaré brevemente. En Francia, como en otros países del mundo, el espionaje está a la orden del día. En general, el Deuxième Bureau no hace demasiado caso, porque casi siempre son pequeñas tonterías que a nada conducen. No obstante, en esta ocasión parece que el asunto es más serio. Nosotros opinamos que ese microfilme vale los quinientos mil dólares que le estoy ofreciendo.

—¿Por qué opinan eso?

—Cuando intervienen la CIA, el MI5 y la MVD rusa, la cosa va en serio. Y cuando con esas intervenciones muere un agente del MI5 y dos hombres de la MVD, todo es más serio todavía. Cuando a

cambio de ese microfilme se juegan algunas vidas, el Deuxième Bureau se interesa realmente. Le diré que hasta anoche estaba autorizada a ofrecerle solamente cien mil dólares. Pero, después de lo que ocurrió, llamé por la radio a cierta persona, y me autorizó a ofrecer quinientos mil…

—¿Los tiene usted a bordo?

—Sí.

Paco Rivelles quedó flotando, sin moverse, tan cómodo en el agua como si fuese un pez. Tras unos segundos de reflexión, movió negativamente la cabeza.

—Lo lamento —musitó—. He vendido ya, de palabra, ese microfilme a la CIA.

—¿Cuánto le pagan por él?

—Cien mil dólares.

Los verdes ojos de Michéle Lombart se desorbitaron.

—¿Y no quiere cambiar de comprador a pesar de ofrecerle quinientos mil dólares?

—Soy un hombre muy formal, *Mademoiselle*. A menos… A menos que yo vea con mis propios ojos los quinientos mil dólares.

—Supongamos que se los entrego en mano antes de quince segundos… ¿Aceptaría venderme ese microfilme?

—Bueno… Yo creo que cualquiera tiene derecho a portarse un poco mal alguna vez… ¿Puedo ver el dinero?

—¿Me entregará el microfilme?

—Usted deme quinientos mil dólares, señorita Lombart, y yo le entrego el microfilme cuando usted quiera.

—Sumérjase, señor Rivelles. En el fondo de la piscina verá una pelota de plástico, de colores. Es una pelota que no flota, porque cuando la he tirado a primera hora de la mañana me he asegurado de que iba bien lastrada. Ah, el fondo de esta piscina ni siquiera llega a los tres metros. ¿Tiene el microfilme en su camarote?

—Sí…

—Recoja la pelota. Y dentro de diez minutos lo espero en su camarote.

—¿Fuera o dentro?

—Dentro, naturalmente.

—Tendré que cambiar la cerradura… —suspiró Paco—. De acuerdo. Dentro de diez minutos en mi camarote.

La rubia salió del agua, se dedicó a secarse durante un par de minutos, concienzudamente, exhibiendo su magnífico cuerpo al sol, y luego se alejó, con pasitos menudos y graciosos, hacia el pasillo de los camarotes. Paco estuvo todavía unos minutos en el agua, antes de hundirse, con los ojos abiertos. No tardó ni siquiera medio minuto en ver la pelota de plástico, listada en colores diversos. La cogió, y se dio cuenta de que pesaba lo bastante para contener no solo quinientos mil dólares, sino el suficiente lastre de plomo para que jamás saliese a flote.

Volvió a la superficie, salió de la piscina, llevando la pelota, y se sentó en la extensible, aceptando resignadamente la presencia de Annette Simonet en la contigua.

La duquesa miró la pelota, pareció a punto de hacer un comentario respecto a ella, y al final solo dijo:

—He encontrado este papel en la revista. ¿Es de usted, Paco?

El español movió negativamente la cabeza, tomando el papel, por simple instinto, ya que se lo tendían.

—No. Seguramente es del muchacho que me ha prestado la…

Se calló, de pronto. Sus ojos quedaron fijos en las líneas escritas en la pequeña hoja blanca. Alzó la mirada, hacia los azules ojos de la duquesa.

—¿De verdad estaba este papel dentro de la revista?

—Claro —se desconcertó ella—. No le entiendo…

—¿Sabe usted italiano, Annette?

—No, no… Bueno, muy poco… Apenas unas cuantas palabras… ¿Por qué lo pregunta? Oh, quizá lo hace porque ese papel está escrito en italiano, ¿no es cierto?

Paco ni siquiera contestó. Toda su atención estaba fija en la nota, que decía, exactamente:

> *Acepte los quinientos mil dólares que, en efecto, contiene la pelota. La señorita Lombart la tiró al fondo de la piscina esta madrugada. Véndale uno de sus microfilmes falsos y no se preocupe por ella. No le ocurrirá lo mismo que a Helen Sterling, ya que la señorita Lombart ha tomado sus precauciones. Tiene otro camarote, en la clase segunda, a nombre de* Madame *Emile Flauvert, y en cuanto tenga el microfilme se camuflará allá hasta*

el final del viaje. Lo definitivamente cierto es que en cuanto la señorita Lombart tenga su microfilme, habrá que olvidarse de ella. Espero que en el Deuxième Bureau no la riñan demasiado por este fracaso tan simpático.

Cariñosamente, CIA

—¿Qué dice la nota? Debería decírmelo, ya que ha cometido la incorrección de leerla no siendo para usted.

—Sucede que yo tampoco entiendo muy bien el italiano —mintió cínicamente Paco—. Creo que hablan de dólares y de algunas gentes… No sé.

—Está bien… ¿Es de usted esa pelota?

—¿La…? Oh, sí, desde luego. Por cierto, Annette, ¿querría hacerme un favor?

—Espero que no me pida nada improcedente.

—No, no… Vea si es sencillo: yo me voy a mi camarote ahora. Dentro de dos minutos, usted va al suyo, abre la ventana que da al paseo de cubierta, vuelve al paseo de cubierta y se coloca delante de mi ventana. Cuando vea que esta se abre, tiende usted las manos, recoge esta pelota de plástico, la tira dentro de su camarote por la ventana que habrá dejado abierta, y se va al bar, a esperarme para tomar un aperitivo antes del almuerzo. ¿Es improcedente?

—No… Pero es una tontería.

—No olvide usted, Annette, que los hombres somos unos niños grandotes —sonrió el español—. ¿No querrá hacerme este favor?

—Es una cosa bien tonta, Paco. Pero lo haré.

—Muy agradecido.

Paco se puso en pie, escondiendo la nota, muy arrugada, entre dos dedos. Fue a devolver la revista al muchacho inglés que se la había prestado, y se despidió con un jovial gesto. Salió de la zona de la piscina, alejándose hacia la cubierta a la cual daba la salida del pasillo de camarotes. Entró en este, llegó a su camarote, abrió y entró.

Michéle Lombart estaba allí, esperándole… Es decir: estaba allí, simplemente. Pero, desde luego, no le esperaba, por la sencilla razón de que los muertos no esperan a nadie.

Capítulo VIII

Estaba sentada en el sofá, con la cabeza muy echada hacia atrás, apoyada en el respaldo. Sobre el corto albornoz amarillo, justo encima del seno izquierdo, se veía una mancha roja. La pobre Michéle tenía esa bella y triste languidez de los muertos en pleno vigor…

Sobre la litera, Paco vio algo que llamó aún más su atención. Allá, abierta, estaba su maleta, y se veían fuera todas las prendas. También se veían sus zapatos, corbatas, camisas… Todo estaba allí, destrozado. Con lo cual era facilísimo llegar a una conclusión obvia y clarísima: alguien, mientras él estaba en la piscina, se había dedicado a registrar su camarote. La pobre Michéle llega, y mientras se dedica a forzar la cerradura para entrar, la persona que había dentro se esconde… Entra Michéle, el visitante clandestino la sorprende, y la mata.

Y en el único lugar de aquel camarote donde podía esconderse alguien era el cuarto de baño… ¿Había tenido tiempo el asesino o asesina de escapar del camarote?

Paco Rivelles se volvió hacia la puerta del baño, y sus músculos faciales se tensaron al ver allí, en el umbral, a Viktor Makarian, duro el gesto, apuntándole con una pistola, que sostenía en la mano derecha. En la palma de la izquierda mostró los fragmentos de varias cápsulas de plástico, así como los correspondientes microfilmes falsos que habían contenido.

—Un juego excesivamente audaz el suyo, Rivelles. Encontré esto en el doble fondo, pero todos son falsos.

—¿Esperaba que todos fuesen auténticos?

—No abuse de mi paciencia, Rivelles, se lo advierto.

El español encendió con mano firme un cigarrillo, que sacó del bolsillo de su albornoz. Luego, se quedó mirando fríamente al ruso.

—¿Sabe una cosa, Makarian? —musitó gélidamente—. Usted

también está empezando a abusar de mi paciencia. ¿Era necesario matar a esta pobre muchacha? ¿Qué ha ganado con ello?

—No se compadezca de los demás, sino de usted mismo, ya se lo dije. Ni…

—¿Ni siquiera puedo compadecerme de Eminov y Folka? —espetó secamente el español.

—Tuvo usted suerte, eso es todo.

—Es verdad —admitió Paco—. Tuve suerte. Pero, a veces, la suerte puede ser dominada. No me obligue a matarlo, Makarian. Le aseguro que es algo que siempre me ha desagradado. Acepte mi buena disposición de ánimo: olvídelo todo, regrese a su escondrijo en el barco, y yo también lo olvidaré.

—Quiero el microfilme, Rivelles.

—No se lo daré.

—Anoche le concedí un plazo, que dura hasta las ocho de la noche. Si después de esa hora no tengo el microfilme, usted va a lamentarlo de veras, pero solo los segundos que tarde en morir. Ahora, deme esa pelota que contiene dinero, y el que le pagó anoche la agente del MI5 por uno de sus microfilmes falsos.

—Quiero decirle algo, Makarian: yo daré mejor uso que usted a este dinero. Insista en lo del microfilme, pero olvide el dinero.

—Lo quiero, Rivelles. Démelo.

El español frunció el ceño. De pronto, asintió con la cabeza. Fue a la cortina que simulaba un ventanal grande en una pared del camarote, con una silla. Se subió a esta, alcanzó el dinero que colgaba en la parte interior, en un enorme fajo suspendido por un cordón, y bajó de la silla. Despegó el cierre adhesivo de la pelota, y vio dentro el trozo de plomo y los fajos de billetes de mil dólares… Siempre en silencio, Paco metió también dentro los cien mil dólares de Helen Sterling, volvió a cerrar la pelota y la tiró a las manos del ruso, que la cogió en el aire, con una mano, apretándola contra su pecho.

—Ahora, Rivelles, me voy. A las ocho y media procure estar en este camarote, porque le llamaré para preguntarle si está dispuesto a entregarme el microfilme… Si su respuesta telefónica es NO, será mejor que viva prevenido durante el resto de la travesía.

—Lo mismo le digo, Makarian. Y aún le diré más: si usted fuese realmente inteligente, apretaría ahora el gatillo de esa pistola… De

lo contrario, yo acabaré con usted. Ya no tiene a sus amigos, no tiene a nadie que le ayude… Y yo, dentro de un barco, soy como un gato en un tejado: nadie podrá atraparme.

—Es usted un insensato, Rivelles. No lo olvide: tiene nueve horas de plazo para pensar.

Abrió la puerta con la mano del brazo que apretaba la pelota contra su pecho, procurando no volver la espalda al español. Apartó la hoja de madera, y, siempre retrocediendo, se dispuso a abandonar el camarote…

De pronto, Víctor Makarian se tensó, se crispó violentamente. Algo le empujó hacia delante, sin demasiado fuerza, pero de modo contundente… Dio un par de pasos, y la puerta se cerró tras él, justo cuando caía de rodillas dentro del camarote, ante los atónitos ojos de Paco Rivelles.

La pelota escapó del brazo del ruso, y también la pistola escapó de entre sus dedos. Sus clarísimos ojos que parecían de agua estaban fijos en los negros del español, que no acertaba a comprender aquello.

De pronto, Makarian alzó una mano, mientras la otra iba hacia su espalda.

—Aaa-AAAaaahhh…

Y, gimiendo, cayó de bruces sonoramente, sobre el brillante parqué, dejando ver entonces la pequeñísima mancha roja en su espalda, a la altura del corazón, agrandándose lentamente sobre el blanco jersey deportivo. Paco se inclinó sobre él, y vio el estrecho orificio… Parecía una puñalada… Una estocada, más bien.

Se puso en pie, abrió la puerta de golpe y se asomó al pasillo… casi chocando con la duquesa de Montpelier, que soltó un gritito y retrocedió un paso, poco menos que perdiendo su bastón de puño de plata.

—¡Paco! —exclamó—. ¡Oh, qué susto me ha dado…!

—¿Qué hace usted aquí?

—¿Yo?

—¡Usted!

—Ven-vengo de… de mi camarote, de abrir la ventana pa-para eso de la pelota… ¿Ya no quiere que…?

—Sí… Sí, sí… Pero espere un momento; ya no es necesario que salga a cubierta para recoger la pelota… Un momento, por favor.

Entró en su camarote, cuidando de que la duquesa no pudiera mirar al interior. Recogió la pelota, se la tendió y señaló hacia el camarote de ella.

—Tenga la bondad de guardármela, Annette.

—Sí… Desde luego… ¿No le parece que… que pesa demasiado?

—Es que dentro hay una bola de plomo y seiscientos mil dólares americanos —sonrió el español.

—¡Oh! Eso es mucho dinero… Pero ¡claro que no es cierto…!

—Claro que no. ¿Ha visto a alguien en el pasillo?

—¿Ahora?

—No. Antes de salir yo.

—No… No he visto a nadie…

—¿Ha pasado alguien ahora por aquí?

—Tampoco…

—Está bien. Vaya a guardar la pelota, ¿quiere? Paso a recogerla dentro de diez minutos, para ir a tomar el aperitivo.

—Está bien…

Esperó a que la duquesa entrase en su camarote para hacerlo él en el suyo. Desde luego, estaba metido en un buen lío, de eso no cabía duda. ¿Qué podía hacer él con dos cadáveres en su camarote, a las once y media de la mañana?

—No me gusta eso del espionaje —musitó—. No me gusta nada, hermano Juan.

Se sentó en un taburete, encendió un cigarrillo y se rascó furiosamente la nunca. Indudablemente, él era hombre de recursos pero hacía falta muy buenos recursos para desprenderse de dos cadáveres a aquella hora del día, con todas las cubiertas atestadas de gente paseando. De noche la cosa cambiaba, claro, pero de día no podría…

Oyó el suavísimo roce en el suelo, en la puerta, y miró vivamente hacia allí, todavía a tiempo de ver deslizarse el papel por debajo de la madera. Tras un par de segundos de estupefacción, corrió hacia la puerta, la abrió, se asomó al pasillo… y no vio a nadie.

Entró de nuevo en el camarote, cerrando casi violentamente. Se inclinó, recogió el papel y lo desdobló Ahora estaba escrito en español, pero la letra era la misma que la de la nota que Annette había encontrado dentro de la revista.

Decía:

No se preocupe por los dos cadáveres. Yo me encargaré de ellos. Vaya tranquilamente a tomar el aperitivo con la duquesa, y, si puede soportarla, almuerce también con ella. La pobre señora se siente muy sola, y usted le ha caído francamente bien. Después de almorzar, duerma la siesta, pues necesitará estar muy descansado para esta noche; y después de la siesta, a las seis en punto, vaya al camarote de la duquesa y espéreme allí. Como detalle muy importante, no olvide esto: sea quien sea la persona o personas que estén en el camarote, no se prive de hablar claro, con absoluta libertad. Hasta luego.

Cariñosamente, CIA.

P. D. Destruya esta nota y la anterior.

Rezongando, Paco Rivelles quemó las dos notas, sobre el inodoro, dejando caer dentro de este las cenizas. Salió del cuarto de baño, miró los dos cadáveres y encogió los hombros. Desde luego, si le resolvían aquel asunto no iba a ser tan tonto de despreciar la ayuda, fuese de quien fuese. Aunque, claro, sabía muy bien de quién procedía la ayuda. Evidentemente, la dama de negro no había podido evitar que Viktor Makarian matase a Michéle Lombart, la chica del Deuxième Bureau. Y eso, lógicamente, se debía a que mientras esto sucedía la dama de negro estaba en otro sitio, incapacitada para actuar. En cambio, no lo había estado para ayudarle cuando Eminov y Folka quisieron matarlo la noche anterior; tampoco había estado incapacitada para colocarle la nota en la revista *Playboy*; ni para vigilar a Michéle Lombart cuando esta tiró al amanecer la pelota dentro de la piscina; ni para matar a Viktor Makarian cuando este se marchaba con la pelota que contenía los seiscientos mil dólares; ni para enviarle aquella última nota… Y, al parecer, no le había importado que Viktor Makarian registrase su camarote, porque ella sabía que los microfilmes contenidos en las cápsulas eran falsos. En cambio, fallaba lamentablemente en una cosa: decía que tenía el microfilme auténtico, cuando Paco lo estaba viendo allí, incrustado en la hendidura del cuadro impresionista… Bien, allá ella. Ya se desengañaría.

¿Quién era la dama de negro? ¿La morena, quizá? No la había visto en toda la mañana… ¿Dónde estaba la hermosa morena de los ojos grises y el rostro eslavo? ¿Era rusa? ¿Era ella la dama de negro?

—Al demonio… Me voy a tomar una buena copita de manzanilla. Y si a la duquesa no le gusta, pues que tome tila.

* * *

Regresó del comedor hacia las tres, todavía relamiéndose, ya que aquella vez la duquesa había tenido que ceder a sus exigencias, y se habían comido una langosta mano o mano, amén de otros alimentos igual de fuertes. Luego, ella pidió champaña con guinda, y ese fue el final.

—Champaña con guinda —bostezó Paco, tendiéndose en la litera—. Una vieja extravagante. Pero, desde luego, eso de que tiene el estómago débil se lo va a creer su tía, no Paco Rivelles. Demonios, Paco, qué sue… ño… tie… tienes…

Desde luego, los dos cadáveres habían desaparecido.

Capítulo IX

Le despertó un timbrazo que parecía sonar dentro de su cabeza. Pero no era así. Solamente se trataba del teléfono. Se sentó en la litera, alargó la mano y descolgó el auricular.

—¿Sí? —bostezó.

—Señor Rivelles: las cinco y media.

—Ah, muy bien. ¿Y…?

—Nos encargaron que le llamásemos a esa hora, señor.

—¿Quién?

Hubo una indecisión al otro lado del hilo.

—No sabemos… Solo veo que aquí consta la nota… «Despertar al señor Rivelles a las cinco y media en punto».

—Está bien, muchas gracias.

Colgó el auricular y estuvo unos segundos sentado en la litera. Casi empezaba a fastidiarle que otra persona fuese solucionando las cosas, evitándole molestias. Incluso aquel detalle, para asegurarse de que a las seis en punto estaría en el camarote de la duquesa…

Se metió en la ducha, estuvo bajo el agua casi diez minutos, sin moverse, y salió como si acabase de recibir una paliza. Había comido demasiado, y también había dormido demasiado. Claro que si a la noche tenía que estar muy descansado…

Hizo unas cuantas inspiraciones, unas pocas flexiones, y luego se miró al espejo. Sonrió al ver su imagen.

—He aquí un hombre que todavía durará algún tiempo —dijo. Y se guiñó un ojo a sí mismo.

Se vistió, encendió un cigarrillo, miró la hora en su reloj de pulsera, y como eran las seis menos dos minutos salió de su camarote.

Dio unos pasos y llamó a la puerta del de la duquesa.

Le abrió esta misma, y se quedó mirándolo como sobresaltada, casi asustada.

—Paco —musitó—. ¿Desea alguna cosa?

—Visitarla, *Madame* —sonrió el español, de muy buen humor—. Tengo una cita aquí. ¿Puedo pasar?

—Pues el caso es que…

—Oh, vamos, todo el mundo sabe que somos muy buenos amigos, Annette.

Entró decididamente en el camarote… y quedó clavado en el suelo al ver allí, sentado elegantemente ante la mesita, al hombre de la barbita. Sobre la mesa, un servicio de té, con pastas… Roland Mercier se puso en pie, mirándole afablemente, pero un tanto amoscado.

La duquesa hizo las presentaciones, no poco atribulada:

—El señor Paco Rivelles, el señor Roland Mercier…

—¿Cómo está usted?

—Encantado, *monsieur* —sonrió Paco—. Observo que es usted un hombre… tenaz.

—¿Tenaz? —musitó Mercier.

—Bueno… No quiero parecerle indiscreto, pero yo diría que usted… se dedicaba a mirar con evidente admiración a la duquesa. Oh, eso sí, lo hacía con gran discreción, debo admitirlo… Vaya… Espero no haber dicho nada inconveniente, *monsieur*.

Roland Mercier pareció no saber qué decir. Annette Simonet se retorció los dedos un instante.

—¿Quiere… tomar té con nosotros, Paco?

—En circunstancias normales, desde luego diría que no; pero temo que debo permanecer en su camarote, Annette.

—¿Por qué?

—No lo sé exactamente. Pero sí sé que debemos hablar todos con absoluta claridad… ¿Sabe si falta alguien en la reunión?

—¿Reunión? No comprendo…

Llamaron a la puerta. La duquesa miró a los dos hombres, desconcertada. Y cuando se disponía a caminar hacia la puerta, Paco se le adelantó. La abrió, y se quedó mirando entre divertido y perplejo a la visitante. Era la morena de los ojos grises y el rostro exótico.

—La morena magnífica —musitó Paco—. ¿Dónde se había metido? ¿Y por qué nos amenaza con esa pistola?

La morena hizo un gesto clarísimo.

—Adentro —aclaró verbalmente—. Tengo verdaderos deseos de charlar con usted, Rivelles.

El español retrocedió.

La morena entró, cerró la puerta y miró a los reunidos en el camarote de la duquesa.

—¿Quién de ustedes me envió la nota citándome aquí y diciéndome que iba a solucionarse todo?

—¿También usted recibió una nota? —musitó Paco—. ¿Y usted, señor Mercier?

—¿De qué están hablando? —mascculló el francés—. Yo estoy aquí invitado a tomar el té por la señora duquesa… Y si ustedes no adoptan una actitud más razonable, voy a llamar al capitán del barco para…

—Haga el favor de callarse —solicitó finamente Paco—. A menos que quiera hablar claro, como los demás. Yo, por mi parte, estoy dispuesto. ¿Y usted, señorita morenaza?

—Mi nombre es Giovanna Santolini, señor Rivelles.

—Déjese de tonterías —gruñó Paco—. Usted es rusa, y por tanto no se llama así. ¿Cuál es su nombre verdadero?

—Está bien —alzó la barbilla la morena—: mi nombre verdadero es Vera Trepof.

—¡Vera Trepof! —exclamó el español—. ¡Está mintiendo!

—¿Por qué lo cree así, señor Rivelles?

—¡Porque si usted fuese Vera Trepof ya habría hablado conmigo en cuanto me vio! ¡Usted sabe muy bien que así habría sido! ¡Por tanto, no es cierto que sea Vera Trepof…!

—Lo soy. Hija de Zinovi Trepof, el hombre que confió plenamente en usted, el caballero español honesto y valiente que estaba dispuesto a ayudarlo… ¡Mentira! ¡Todo mentira, señor Rivelles! Estuve esperándolo en Niza tres días, hasta que supe que había salido para París. Y cuando logro localizarlo, usted está a punto de partir hacia Estados Unidos…

Paco frunció el ceño. Se sentó en un taburete y chupó del cigarrillo, mirando a Vera a través del humo, pensativamente.

—Siga… —musitó—. ¿Qué más, señorita Trepof?

—Supe que iba a abordar el *Empire*, y adquirí pasaje… Lo busqué inmediatamente, le sonreí en el bar… Y usted no se acercó a mí. Comprendí que no estaba dispuesto a cumplir la palabra que

había dado a mi padre… Pero ahora —movió amenazadoramente la pistola—…, ahora va a tener que darme los setenta y cinco mil dólares, señor Rivelles. O el dinero, o el invento de mi padre, para que yo lo venda a Estados Unidos.

Paco asintió con la cabeza, pero tardó algunos segundos en empezar a hablar:

—Vayamos por partes, señorita Trepof. En primer lugar, yo no he engañado a nadie. Y en segundo lugar, no podía darle sus setenta y cinco mil dólares porque no la conocía, ni sabía dónde encontrarla…

—¡Usted sabía que mi padre le dijo que me encontraría en Niza, en determinada dirección!

—Espere… Espere, por favor… Relatemos las cosas desde el principio, a fin de que todos podamos entendernos bien… Hace algunas semanas, conocí en Niza a un hombre muy amable y simpático que dijo llamarse Emil Sevreux. Ese hombre tenía alquilada una villa en Basse Corniche, me invitó a tomar algún trago en varias ocasiones… Nos hicimos amigos. Y de pronto, una tarde, aparece en el muelle, salta a mi balandro y me dice que tengo que ayudarle. Me dice que su verdadero nombre es Zinovi Trepof, que es ruso, y que unos compatriotas suyos, de la MVD, lo andan buscando para matarlo, probablemente El motivo es que Zinovi Trepof ha escapado de Rusia, con un invento a medio terminar… No quiere cederlo sin cobrar por su trabajo, de modo que decide escapar. Lo hace, y, para despistar mientras continúa su trabajo, vive separado de su hija. Justamente cuando acaba su invento, el centralizador fotográfico, los hombres de la MVD lo localizan… ¿Qué hace Zinovi Trepof entonces…? Me busca a mí, me dice lo que ha descubierto, y me da un nombre, asegurándome que es de un agente de la CIA con el cual pensaba ponerse en tratos para venderle su invento… Al mismo tiempo que el nombre de ese agente de la CIA, Zinovi Trepof me da un microfilme, que contiene los planos de su invento. Hecho esto, Zinovi Trepof me dice que no me preocupe más de él, y que dentro de tres días escriba a su hija a una dirección de Niza, me reúna con ella y le entregue setenta y cinco mil dólares, ya que los restantes veinticinco mil son para mí… ¿De acuerdo hasta aquí, señorita Trepof?

—¡Usted no me escribió, no me llamó para reunirse conmigo y

entregarme los setenta y cinco mil dólares!

—Le escribí, desde París. Pero, al parecer, mientras mi carta iba hacia Niza, usted iba hacia París. ¿Cómo podía yo saber eso? Luego, cuando usted me encuentra, yo estoy a punto de emprender el viaje a Estados Unidos. Bien, ¿por qué no se puso en contacto conmigo, entonces? Desconfió de mí, ¿no es cierto?

—Yo… subí al barco y me dejé ver por usted… Esperaba que usted me diría algo…

—¿Sí? ¿Por qué supone que yo debía conocerla? ¿Olvida que su padre no pudo enseñarme ninguna fotografía de usted, ya que las destruyó todas, por miedo a que sirviesen para identificarlo a él, o localizarla a usted? ¿Olvida usted que todo lo que yo sabía de usted era una dirección de Niza, y que cuando mi carta llegó usted no estaba allí para recibirla, y venir a París para hablar conmigo? ¿Cómo demonios quería usted que yo la localizase, o la conociera al verla en el barco? ¿Cree que soy un mago?

Vera Trepof se mordió los labios.

—Lo siento… —musitó luego—. Creo… creo que usted me está diciendo la verdad, señor Rivelles…

—¡Qué me dice! ¡A lo mejor hasta espera que me ponga a llorar de agradecimiento! ¡Me gustaría que supiera los apuros que he pasado por culpa de ese dichoso microfilme…! En cuanto a su dinero, se lo daré inmediatamente, y asunto concluido. ¿Está de acuerdo?

—Siento… siento lo que he dicho…

—Está bien —se calmó Paco, de pronto—. Los dos hemos ido un poco desorientados. Lo fastidioso ha sido que en Niza hubo tal escándalo con el asunto del balandro y la lancha roja, que se enteraron de que algo ocurría todos los servicios secretos habidos y por haber… Yo espero que ahora ya no ocurra nada más. ¿Quiere su dinero?

—Bueno… Sí, claro…

Annette Simonet ya tenía la pelota de plástico en las manos. Paco la tomó, despegó el cierre adhesivo, y sacó unos fajos de billetes. Los contó rápidamente, y los tendió a la muchacha.

—Aquí tiene: setenta y cinco mil dólares, señorita Trepof. Y, para otra vez, recuerde que la palabra de un español es cosa seria.

—Lo siento de veras —musitó Vera—. Bien… Si ahora me dice

dónde está mi padre, yo volveré a…

—¿Su padre? ¿No está en su escondite de Marsella?

—No… Pasé por allí, y no estaba… No, no… Yo… supongo que él le dio a usted otra dirección, para que me la traspasase, o…

—Señorita Trepof, si su padre hubiese pensado reunirse con usted en otro sitio, habría podido escribirle a usted a Niza, ¿no es cierto? Pero, además, resulta que él me encargó que le comunicase a usted que la esperaría en Marsella.

—¡Pero él no está allí! —casi gritó Vera.

—Entonces… lo lamento —musitó Paco—. Quizá no tuvo suerte al querer escapar de la MVD.

Vera había guardado ya la pistola, y Roland Mercier se puso en pie en aquel momento, sacando la suya, provista de silenciador.

—En efecto —sonrió fríamente—: Zinovi Trepof no tuvo mucha suerte al intentar escapar de nosotros… Lo cual, a la larga, es lo que les ocurre a todos.

—¡Señor Mercier! —exclamó la duquesa—. ¿Qué… qué está haciendo usted…?

—Es simple, señora duquesa. Quiero el dinero, quiero el microfilme, y quiero matarlos luego a todos ustedes. A los tres… Si da un paso más, dispararé contra la duquesa, Rivelles.

Paco se detuvo, lívido de rabia. Miró a Annette, y se sorprendió al ver la dulce sonrisa de la dama. Una sonrisa dulce, tranquila, amable…, pero hipócrita a la vez. En el fondo de aquellos azules ojos había una expresión fría, como congelada.

—No se mueva, Paco. Daremos una oportunidad al señor Mercier para conservar su vida… Le diré quién es realmente el señor Roland Mercier, si mis servicios privados de información no han fallado esta vez. Le presento a Issur Bolonich, uno de los más temidos ejecutores de la MVD… ¿No es cierto, señor Mercier?

—Cierto, señora duquesa —sonrió el falso francés—. ¿O debo llamarla agente Baby, de la CIA?

—A su elección, Bolonich.

—Realmente, ¿qué más da? Lo importante es que al fin he conseguido uno de mis más caros sueños: tener en mis manos a la peligrosísima Baby, que tantos estragos ha causado en las filas de la MVD…

—Y en otras, Bolonich. No tengo nada especial contra la MVD

precisamente, sino contra cualquiera que pretenda servirse del espionaje para algo que no sea conservar la paz.

—¿No tiene nada especial contra mí? —sonrió el ruso—. Usted misma lo ha dicho: soy un *istrebitel*, un ejecutor… ¿No la incita eso contra mí?

—Bolonich, yo misma he matado quizá más hombres que usted, cuando así han ido las cosas. Pero han sido hombres como usted, no hombres como Zinovi Trepof… Aun así, le ofrezco una oportunidad: guarde esa pistola, entréguese, y será… recibido por un par de amigos míos al llegar a Nueva York. No sé lo que le ocurrirá, pero conservará la vida.

—Ese es un cuento muy viejo ya, agente Baby. Ahora, tenga la bondad de entregarme esa pelota… Usted, Vera Trepof, deme los setenta y cinco mil dólares… Y, quienquiera que sea el que tenga el microfilme, que me lo entregue ahora mismo. Y esta vez quiero el auténtico. Yo no soy un pobre estúpido, como Eminov, Folka, o incluso Makarian… Quiero el auténtico microfilme.

—Supongamos que se lo entrego, Bolonich… ¿Qué pasaría luego? —musitó Paco.

—Es una pregunta ingenua, Paco —musitó la duquesa—. De un modo u otro, el señor Bolonich está decidido a matarnos a todos. Por tanto, no tengo más remedio que anticiparme a él…

Diciendo esto, la duquesa había apretado el puño de plata de su bastón, deslizando inmediatamente la mano hacia el centro, de modo que, apenas hubo aparecido la delgadísima hoja de acero, ella tenía ya la camuflada arma firmemente asida… Issur Bolonich lanzó un grito de alarma, retrocedió un paso, alzando la pistola…, y la larga y aguda hoja de acero se clavó profundamente en su pecho, derribándolo de espaldas antes de que hubiese podido disparar. Quedó de cara al techo, con los ojos todavía abiertos y un hálito de vida en esos ojos, que se extinguió velozmente… Lo último que vio fue el bastón con puño de plata, sobresaliendo de su pecho…

La duquesa de Montpelier abrió su armario, sacó de él un maletín rojo con florecillas azules estampadas y lo abrió. Sacó un fajo de billetes y se acercó a Vera Trepof.

—Tiene que sobreponerse, Vera.

—Lo sé —gimió la muchacha rusa—. Lo sé, pero…

Eran evidentes sus esfuerzos por no llorar. La duquesa tendió el

fajo de billetes a Paco, y se quedó mirándolo fijamente. Durante unos segundos, el español estuvo mirando el dinero, muy reflexivo. Por fin, alargó el fajo a Vera, uniéndolo a los primeros setenta y cinco mil.

—No pretendo arreglar nada con esto, señorita Trepof —musitó—. Pero espero que le sirva para vivir tranquila en cualquier parte que usted elija.

—Yo… volveré a Francia, a Marsella, para buscar el cadáver de mi padre…

—Nunca lo encontrará —aseguró la duquesa—. Es mejor que empiece a olvidar ahora mismo, a pensar en su futuro. Por duro que ahora le parezca, es todo lo que se puede hacer. Adiós, Vera Trepof… Le deseo mucha suerte.

—Usted… usted es enemiga de los rusos… Bolonich ha dicho que…

—Soy enemiga de los rusos, es cierto —sonrió la dama—. Pero de los rusos como Issur Bolonich, no de los rusos como usted o su padre. No confunda las cosas, jovencita. Tome todo este dinero, haga el viaje hasta Nueva York sin meterse con nadie, regrese cuanto antes a Europa, o vaya a donde quiera…, y eso es todo. Hasta nunca, Vera Trepof.

Esta miró al español, que le sonreía débilmente, pero con buena intención. Se había equivocado con él… Y también con la agente Baby.

—Adiós… Nunca los olvidaré a los dos…

Vera Trepof abandonó el camarote de la duquesa, que entonces se quedó mirando al español, el cual creyó comprender el significado de aquella mirada.

—De acuerdo —susurró—. Puesto que usted ha pagado, yo le entregaré ahora mismo el microfilme. Voy a buscarlo a mi camarote… Y no me diga que ya lo tiene porque es mentira.

Salió casi furiosamente del camarote, dejando sola a la duquesa, quien sacó entonces una pequeña radio del maletín rojo con florecillas azules, y la accionó.

—¿Simón?

—Hola, Baby.

—Todo terminado, todo bien. Tendrá que venir a buscar otro cadáver.

—¿El de Issur Bolonich, supongo?

—Naturalmente.

—Es usted terrible. ¿Respecto a la chica y al español?

—Cuide de Vera Trepof, pero no del español.

—¿Por qué?

—Porque del español me encargo yo, Simón. Eso es todo.

Cerró la radio, la guardó, salió de su camarote y llegó al de Paco cuando este se disponía a salir. La duquesa le empujó suavemente hacia dentro, y el español mostró la diminuta tira de microfilme.

—Aquí lo tiene. ¿Algo más…, duquesa?

—Sí… Fuego, por favor.

Paco le tendió su encendedor, no poco intrigado. Y se mordió los labios cuando, ante sus ojos, la espía de la CIA quemaba la tira de microfilme con la pequeña llamita de gas.

—Usted sabrá lo que hace… Es dinero de la CIA.

—Paco, no seas ingenuo… Te dije que tenía el microfilme auténtico, y era cierto. Te lo quité en la primera visita a tu camarote, y te dejé otro en el mismo sitio, para que no te pusieras nervioso… Querido, estás tratando con la agente Baby, ahora, no con unos desdichados que solo saben matar… y morir.

—¿Usted sabe algo más, quizá?

La duquesa sonrió. De pronto, se quitó el vestido, rápidamente…, y quedó cubierta tan solo por una negra malla, ceñidísima al cuerpo… Se quitó una faja de tela que oprimía su seno, y la forma de este quedó al descubierto, erguido, pujante… Los lentes y la peluca saltaron a un lado, y cuando la «ancianita» dama se pasó una toalla húmeda por el rostro, las arrugas desaparecieron…

Paco Rivelles consiguió recuperarse, por fin, y se golpeó la mano izquierda con el puño derecho.

—¡Soy un imbécil! —exclamó.

—No, no, querido —rio Baby—. Solamente que no eres un profesional, y yo… soy mucha espía incluso para un profesional.

—Pero… ¿quién eres tú, qué eres, de dónde sales…?

—¿Qué importa eso?

—¿No confías en mí?

—Ni poco ni mucho —rio la divina espía—. De todos modos, durante el viaje ya tendrás ocasión de conocerme mejor… Nos

conoceremos los dos muy bien, Paco…

—¿Hasta dónde crees que podemos llegar en nuestro… conocimiento?

Brigitte Montfort, alias la duquesa de Montpelier, alias la agente Baby, alzó los brazos y rodeó con ellos el cuello del español. Este se inclinó y besó con fuerza, profundamente, aquellos labios sonrosados, tiernos, dulces, frescos… Cuando pudo «salir a flote» aspiró profundamente, y murmuró:

—Ya lo decía yo… Demasiadas mujeres… Y basta una sola, pero de auténtica categoría, para que un hombre…

La volvió a besar. Y tanto y tanto le gustó, que estuvo repitiendo, repitiendo…

Pronto sería de noche.

Menos mal que había dormido la siesta.

Y, decididamente, no interesan tantas mujeres.

Este es el final

Charles Pitzer agitó el brazo, saludando a la bella mujer que descendía por la pasarela del *Empire*, en el muelle de Nueva York, rebosante de gente, palpitante de gritos, de llamadas… Pero pocos minutos después, la espía se dejaba caer en el asiento posterior del coche, alzando la manita hacia el hombre que estaba al volante.

—Hola, Simón —sonrió.

—Hola, Baby… ¿Qué tal la travesía?

—Al principio, muy agitada. Luego… muy tranquila.

—Pues, según los informes de Simón, no ha sido tan tranquila para usted ni para ese español… Por cierto, ¿dónde está él?

—¿Paco?

—El señor Francisco Rivelles —sonrió irónicamente Pitzer—… ¿Tiene el microfilme?

—Naturalmente… ¿Qué le pasa? ¿A qué viene tanta prisa ahora?

—Lo están esperando para llevarlo a Washington, y de allí a la NASA… ¿Es este?

—Ajá —le tendió Brigitte el pequeño estuche—. Además, una vez examinado por el…

—Sabemos ya que es un invento efectivo y real. Pero, dígame: ¿dónde está el español?

—Se ha ido.

—¡¿Cómo, que se ha ido?! —exclamó Pitzer—. ¿No ha querido trabajar con nosotros?

—Paco es demasiado… libre, tío Charlie. Más que yo. Por eso, se compró un balandro, hace tiempo, y va por el mundo, viendo cosas, conociendo gente y sacando dinero para su «Fundación» en cuanto ve la oportunidad…

—Pero ¿cómo es posible que se haya ido si acaba de llegar en el *Empire*…?

—Pidió reserva de un vuelo que sale dentro de una hora, desde

el barco… Esta noche, Paco Rivelles dormirá en Sevilla. Y yo… Yo creo que no dormiré pensando en Paco Rivelles. Bueno… ¿nos vamos? ¡Hay que entregar el microfilme, espías!

FIN

Notas

[1] La Giralda es una torre de la ciudad española de Sevilla, mundialmente famosa, desde la cual se domina toda la ciudad. <<